

# **TINTA, SENTIDO Y SANGRE: EL TATUAJE COMO RESIGNIFICADOR DEL DOLOR, LA MEMORIA, LA IDENTIDAD Y LAS PRÁCTICAS DE GÉNERO**

FRANCISCO JAVIER SUÁREZ GONZÁLEZ

Trabajo de grado para optar al título de Psicólogo

**Área de Cultura y Sociedad**  
**Línea de Memorias y Poderes**

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
BOGOTÁ DC  
2017

## Contenido

Contenido .....	2
Agradecimientos .....	3
Introducción .....	4
Capítulo 1: tatuaje: una herramienta de resignificación del dolor .....	14
I - Tatuaje como código de comportamiento: resignificando el pasado, el presente y el futuro	15
II - La rosa negra: la muerte marcada en el cuerpo vivo .....	23
III - Volviendo sobre el futuro: desde los dolores y la muerte viva .....	35
Capítulo 2: cuerpo tatuado: una herramienta de oposición al tabú .....	45
I - Tabú: las concepciones culturales sobre lo prohibido .....	46
II - Cuerpos marcados, cuerpos tachados .....	52
III Puntos de fuga: los cuerpos tatuados .....	61
Capítulo 3: Tatuaje: herramienta de producción de género y amistad .....	75
I - Tatuaje como vínculo: la elección del tatuador .....	76
II - “Es que esperábamos a un chico”: distinciones de género en el mundo de los tatuadores ..	87
Conclusiones .....	101
Bibliografía .....	111

### **Agradecimientos**

Gracias a mis padres, que, en cada circunstancia, en cada dolor y cada triunfo están conmigo. En especial gracias por su incansable esfuerzo de vida y respetable ejemplo. Gracias por su interminable cariño y apoyo. Gracias por hacer este camino más fácil, Gracias.

Gracias a mi hermana, que desde nuestro nacimiento no ha dejado de ser un constante apoyo y soporte emocional en los momentos difíciles. Gracias a mis compañeros, amigos y cualquier persona que al estar en mi vida en forma de compañía hizo este camino más fácil, cada paso más sencillo, o por lo menos más vivible.

Gracias a Alejandro Munévar por su incansable paciencia, su perseverante aporte y su persistente apoyo.

Siempre gracias...

## Introducción

El 19 de agosto del año 2017 se publica un artículo periodístico en el cual se presenta el tatuaje como “una importante decisión”. El artículo *Tatuarse, una decisión de peso: consejos para marcar la piel*, señalan lo siguiente: “la pensadera y la indecisión antes de tatuarse no son asuntos sencillos. La preparación, el diseño adecuado y la escogencia de un tatuador de confianza son factores cruciales.” (El Espectador, «Tatuarse, una decisión de peso», 19 de agosto de 2017). Además, aseguran que el tatuaje ha dejado de estar en un “mundo de tabú” aunque exista un “estigma social”, “miedo al dolor” o “miedo a quedar mal tatuado”. Incluso nombran el miedo a “contraer algún tipo de enfermedad”. De hecho, aunque señalan que el tatuaje ya no hace parte de dicho “mundo tabú”, aún sigue siendo visto bajo la marca de un cierto estigma social. Asegurar que el tatuaje ya no está asociado al tabú, nos remite a las preguntas que guiaron inicialmente esta investigación: ¿cómo se relacionan hoy en día el tatuaje y la noción de tabú? ¿Existe alguna relación? Si así es entonces, ¿cómo se expresa esa relación?

El artículo publicado en El Espectador también señala que: “la principal razón detrás de este auge parece ser ‘la idea de que te sientes único como individuo’, declaró en su momento a la BBC el psicólogo de la Universidad de Westminster, Viren Swami”( El Espectador, «Tatuarse, una decisión de peso», 19 de agosto de 2017). Aunque también exprese con datos que “los tiempos han cambiado y en la actualidad se estima que uno de cada tres jóvenes adultos tiene [un tatuaje]”. ¿Es posible que el tatuaje construya una idea de “ser único”, o es el sentido único el que hace al tatuaje una imagen única en el cuerpo? ¿Por qué en todo el artículo no se habla del cuerpo? ¿Por qué se habla de enfermedades, miedos, estigmas, pero no de cuerpo? ¿Por qué se enajena el cuerpo del tatuaje, aunque se haya dicho que crea ideas sobre el individuo?

Al inicio de esta investigación hablar de cuerpo era una motivación, motivación que aún existe ya que, de nuevo, en el presente año, nos encontramos con un artículo que no muestra al cuerpo tatuado, sino lo que dice la persona tatuada o tatuador sobre el tatuaje, sobre los miedos, sobre elegir el tatuador o sobre los cuidados. La noticia nombrada anteriormente es una muestra de lo que sucede al estudiar el tatuaje, ya que, en varios de los artículos académicos revisados mostraban distintas representaciones del tabú, la selección del tatuador o la importancia del tatuaje. Sin embargo, se encontraban también divisiones con el tabú y el cuerpo, la identidad del cuerpo, la identidad con el tatuaje, pero no con el cuerpo mismo, o del tatuaje ni tampoco nos daban información sobre la manera como ven las personas tatuadas el tabú sobre su cuerpo o identidad.

Una de esas investigaciones es el trabajo de grado de Stephanie Cortes y Danna Sánchez (2012): *Sentidos de la práctica del tatuaje en jóvenes de la ciudad de Cali*. Allí, analizan lo que es la identidad, los sentidos contruidos alrededor de esta práctica y cómo puede ser un elemento resignificador. Esta investigación partía de las siguientes preguntas: ¿cómo se podría entender la trazabilidad de esa resignificación? O ¿Por qué se convierte en un elemento terapéutico en términos del pasado, el presente y el futuro? También nos lleva a preguntarnos sobre los elementos socioculturales olvidados alrededor de esa resignificación y cómo pueden colaborar a que esta suceda. También nos interesamos por algunas situaciones específicas en las que el tatuaje interviniera en esa resignificación. Además, nacieron nuevas preguntas a partir de las relaciones que se tejen alrededor del tatuaje o la forma de elegir tatuador. Algunas incógnitas específicas fueron: ¿cómo la identidad hace parte de la resignificación del dolor? Más allá de que el cuerpo sea un mapa de auto percepción o un lugar para plasmar vivencias ¿Qué elementos socioculturales influyen en la identidad corporal? Estas preguntas nos sirvieron como guías para pensar una relación especial entre el tatuaje y el dolor en esta tesis, como veremos en el primer capítulo.

También, en el artículo de J.L. Iglesias Diz (2013) *Desarrollo del adolescente: aspectos físicos, psicológicos y sociales*, se explica que el tatuaje surge en una etapa específica de la vida, en la que el “salir con los amigos”, “el grupo social” y “la moda” son factores importantes para que los jóvenes adopten “signos comunes de identidad”. De las afirmaciones que surgen de la investigación, nacen algunos cuestionamientos investigativos: ¿cómo analizar el tatuaje pensado como signo identitario? ¿Cómo se relaciona el tatuaje con la noción de “identidad común”? O ¿Por qué en la mayoría de los trabajos pareciera ignorarse a la persona tatuada y su historia personal?

Otro de los artículos que guiaron nuestro trabajo se titula *Tatuaje: linaje, ordenamiento e identidad* de Miriam Cortés, Yesenia Hernández y Jorge Aguilar (2011). Este artículo presenta, en una población de universitarios distintas asociaciones de sentidos sobre el tatuaje. Sin embargo, no se presentan las razones por las cuales se construyen esas asociaciones. Los sentidos son de carácter religioso, afectivo, animalístico y nacionalistas, pero ¿en qué consisten esas asociaciones? ¿Por qué se asocian esos sentidos al tatuaje? De igual manera se presenta la identidad de una forma lineal, no nos brindaban muchas perspectivas sobre lo que era la relación de la identidad, la historia de vida y las experiencias.

Reflexionando sobre esos artículos, donde el cuerpo era un plano enajenado, olvidado o presentado de una forma individual, también surgieron que buscaban comprender la relación entre el cuerpo, el tatuaje y la identidad: ¿cómo el cuerpo puede aportar a la identidad más allá del cuerpo como plano para la representación? ¿Cómo el cuerpo tatuado puede ser signo de desaprobación social? ¿Por qué en la investigación de Stephanie Cortés y Danna Sánchez se presenta el tatuaje oculto, pero no se presenta el porqué de esos tatuajes ocultos? Así, el *cuerpo tatuado* como unidad de análisis y no sólo el cuerpo o la identidad, se convirtió en una motivación de estudio que se convertiría en el centro de esta tesis.

Cuando revisamos artículos del cuerpo desde la perspectiva psicológica encontramos varios abordajes. Algunos, como el artículo *El cuerpo: percepción de atractivo, insatisfacción y alteración en adolescentes de la frontera mexicana del noroeste* explica que “el cuerpo representa uno de los primeros medios de comunicación con los otros. La imagen que se elabora y asocia al mismo puede determinar incluso la forma de interactuar con los demás” (Pineda, Gómez, Silvia y Velazco, 2017. Pág. 156). También, el artículo *Corporalidad en el contexto de la psicoterapia* explica el cuerpo:

Como una existencia corporizada y vivida, es decir, el lugar desde y donde se organiza experiencialmente la existencia (Romero, 2003b). Así, este no se concibe sólo como un organismo o una máquina compleja; tampoco se ve únicamente como un centro de pulsiones libidinosas modificadas por el yo. Más bien, se entiende como el punto central donde se vivencia y organiza la existencia humana (De castro y Gómez, 2011, pág. 226).

El cuerpo se presenta entonces, desde estas perspectivas, como un medio de comunicación con los demás, además de ser un plano que posibilita la organización de experiencias ¿Cómo el tatuaje podría influir sobre esa comunicación con los otros? ¿Cómo el tatuaje puede organizar la experiencia humana?

El cuerpo no solo es construido por las experiencias y la comunicación con los demás, sino por la sociedad. Es cambiante y tampoco es “cuantificable”, siendo parte de un individuo que se enfrenta a la vida. Entonces se plantea como un espacio de experiencias, un mapa de vida y de muerte. ¿Qué pasa entonces con el cuerpo tatuado? ¿En qué contexto estudiar el tatuaje? Aquí nos interesa el sujeto como un constructor de su cuerpo en sociedad ¿Qué factores sociales se veían en el cuerpo y su relación con lo colectivo?

Pensar el cuerpo desde la psicología no solo incluye pensar al individuo, sino sus relaciones cercanas, su historia, sus vivencias y cómo socialmente se incluye en esas estructuras dominantes ¿Qué procesos mentales tiene una persona tatuada? ¿Por qué decide tatuarse? ¿Por qué poner algo en él cuerpo? ¿Será que hay algo cultural en esas imágenes en carne viva? ¿Qué pensarán los tatuadores? Partimos de estas preguntas para llegar a la pregunta problema: ¿Cómo se desarrolla la construcción de cuerpo e identidad en personas tatuadas y tatuadores en la ciudad de Bogotá?

Pensar el cuerpo tatuado y la identidad parecía una relación obviada o ligera en algunos artículos. Retomando el trabajo de grado realizado por Stephanie Cortés y Danna Sánchez (2012) *Sentidos de la práctica del tatuaje en jóvenes de la ciudad de Cali*, el cuerpo era presentado como una extensión de los sentimientos, atributos de vida o experiencias dolorosas, sin embargo: ¿dónde quedaba el cuerpo transgredido por los órdenes sociales? Además, en el artículo *Rasgando la piel: tatuajes, cuerpos y significados*, realizado por Soto, Arroyo y Cotto (2009), pasa lo contrario, se presenta un cuerpo en medio de distintos sentidos sociales y personales, sin embargo, no existe un análisis que nos lleve a la comprensión de la construcción de cuerpo o de la identidad.

También nos encontramos con explicaciones sobre la identidad a partir de los roles socialmente contruidos. En artículos como *Cuerpos tatuados, "almas" tatuadas: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad* de Andrea Pérez (2009), encontrábamos una cuantificación por diseños y roles de género. Asociaciones que efectivamente mostraban una práctica de género en el tatuaje. Sin embargo, faltaba la voz de esos protagonistas, una voz narrativa que no fuera un mero dato sino una experiencia que revelara ¿por qué los tatuajes son muestra del género socialmente construido? ¿Hay más prácticas de género en el tatuaje? ¿Qué puede llegar a constituir un tatuaje de hombre o un tatuaje de mujer?



Enfocarnos desde la construcción de la persona, con su cuerpo, las referencias socioculturales y el género, nos suscitó curiosidad sobre los procesos de construcción de estas categorías en el tatuaje. Razón por la cual esta investigación se enfoca desde el construccionismo social como dinámica que permitirá observar el fenómeno del tatuaje en Bogotá, ya que nos centramos en la construcción que las personas hacen de su realidad, a partir de sus interacciones lingüísticas, en sus prácticas simbólicas, cotidianas y sus concepciones. Esta perspectiva permitió no solo pensar a la persona tatuada en sociedad, sino replantear las categorías sociales al hablar de su “objetividad” como personas vivientes de su propia realidad, pensando en sus sentidos y la resignificación de los mismos.

La construcción con el otro, la identidad, un cuerpo y el género, implican entonces el conocimiento nuevo y transformativo con el otro y con las dinámicas socioculturales. Ya que no solo se trataba de saber si esos conceptos existen, sino cómo las personas experienciales y vivenciales comprenden sus procesos de vida y concepciones alrededor de ella. No enajenando al sujeto, sino cómo en el andar esos sujetos tatuados se comprenden.

Concebir esta investigación desde el construccionismo social fijó una forma de develar esos procesos, convirtiendo esta investigación en descriptiva y de carácter exploratoria. Para entender las experiencias y vivencias de los sentidos alrededor del tatuaje, como práctica y uso del cuerpo sugería entender este fenómeno, no sólo con personas tatuadas, sino tatuadores de la ciudad de Bogotá. Las personas elegidas fueron comprendidas en una muestra de conveniencia. Las condiciones eran que tuvieran por lo menos un tatuaje, o que realizarán tatuajes. Casualmente no conocimos tatuadores ni tatuadoras sin tatuajes.

Para llegar a los significados profundos de esas personas no bastaba con pensar en una encuesta o una prueba psicológica, tenía que ser algo vivencial, que se basará en la conversación

y no en las preguntas directivas que suscitaron imágenes o existencias de algo que ya pasó. Era importante saber sus significados alrededor del tatuaje, cómo se desarrollaban. No se pretendían cifras o percepciones en hojas escritas al azar. Era importante enfrentarse a la vivencia del otro, a lo que pensaba de su cuerpo tatuado, qué le pasó socialmente y cómo llegó a él. Así, se elige una técnica que pudiera intercambiar sentidos, palabras, vivencias o historias. Desarrollar esta metodología se centró en el diseño de una herramienta propicia para poder llegar al sentido del otro. Desde una perspectiva cualitativa, adoptamos la apuesta de la *entrevista etnográfica*, que busca desde la conversación cotidiana no estructurada acceder a las significaciones profundas de un fenómeno social. La siguiente pregunta era la llave de pandora que permitiría abrir el cofre de esas historias: ¿qué es lo primero que recuerda del tatuaje? Esa pregunta fue la pregunta inicial de las entrevistas realizadas, las siguientes preguntas que se desarrollaron nacen a partir de las narrativas que surgieron en la interacción con los participantes.

Al entender los distintos vacíos de otras investigaciones, el tatuaje se mostraba como una puerta que nos permite observar distintas tensiones sociales alrededor de las percepciones sobre el dolor y la muerte. En termino sociales es una forma de ver la construcción y desarrollo de los sentidos alrededor de la experiencia dolorosa, lo que nos llevaba a pensar en cómo los participantes relacionaban estas experiencias con el tatuaje.

También, el tatuaje es una ventana que permite comprender como se construyen percepciones sobre los límites sociales, ya que era relacionado con el estigma, tabú o el control del cuerpo en otras investigaciones. Sin embargo, nos preguntábamos sobre los sentidos alrededor del tatuaje en relación con estos términos en personas tatuadas: ¿cómo los participantes configuraban su saber sobre estos límites o prohibiciones? Y ¿Cómo lo relacionaban con el dolor o sufrimiento? Además, no solo se comprendieron límites sociales, sino que en el interactuar con los demás,

también nos llevaba a pensar sobre la construcción de vínculos en esas interacciones. La percepción del sufrimiento, la muerte, los límites sociales y los vínculos dan información sobre lo que es la construcción de identidad a través de marcar el sentido en el cuerpo.

Esta tesis busco trabajar con personas que mencionaran explícitamente una relación de dolor o sufrimiento alrededor del tatuaje, con por lo menos un tatuaje. Todos estuvieron en un rango de edad entre los 20 y los 30 años, fueron siete participantes, cuatro hombres y tres mujeres, por lo tanto, esta investigación no se ciñe a todas las personas que tienen un tatuaje, sino a las personas que participaron en esta investigación.

A continuación, presentamos brevemente a los participantes. Enrique Colón es estudiante universitario al igual que Emiliano Villa. Jaime Díaz es diseñador gráfico. Fidel Salcedo es tatuador con cinco años de experiencia; Policarpa Torres es tatuadora; Leila Guevara es madre cabeza de familia. Por último, Vilma Castro es publicista. A principios del año 2016 se empezaron a realizar las entrevistas. Por motivos éticos se decidió cambiar los nombres de los participantes.

Culminado el proceso de recolección de información, las entrevistas fueron transcritas. Al observar, determinar y analizar esas transcripciones emergieron distintos nodos centrales, resonancias experienciales entre los distintos participantes que se convirtieron en categorías emergentes. Al unir y estructurar estas categorías emergentes se estructuraron tres capítulos, desarrollados en un contrapunteo, una red o un tejido con otras experiencias académicas.

El primer capítulo muestra los distintos sentidos emergentes de los participantes alrededor de la resignificación del pasado, el presente y el futuro, ya que el *cuerpo tatuado* se presenta como un plano en el que se moldean las temporalidades. El *cuerpo tatuado*, también es abordado como un plano terapéutico, ya que es un mapa que permite a los participantes construir otras percepciones alrededor de la muerte en el cuerpo vivo, volviendo sobre el futuro y a los dolores,

resignificando vivencias convertidas en aprendizajes. La *muerte viva* y el tatuaje se convierten así en este caso en herramientas de resignificación del dolor.

El segundo capítulo aborda el tatuaje desde las prohibiciones y el tabú, los conceptos existentes alrededor del tabú y su relación con el tatuaje en otras investigaciones. También se presenta el cuerpo asociado al tabú, al control familiar y escolar, y cómo estas prohibiciones están relacionadas con formas de resistencia, emancipación y liberación con el tatuaje. Se presentarán aproximaciones teóricas sobre el control del cuerpo, que lo conciben desde una taxonomía de las prohibiciones vivenciadas por los participantes y las clases de resistencias que han desarrollado, como la “rebeldía por medio del tatuaje”.

Por último, en el tercer capítulo se aborda el tatuaje como un vínculo que está relacionado a la selección del tatuador, y como muestra de una *amistad extraña*. Además, se abordará la noción de “farandulear” en las redes sociales como una estrategia que influye en la selección del tatuador. De igual forma, nos preguntaremos cómo los tatuadores pueden imprimir feminidad o masculinidad en los tatuajes.

Los resultados de esta investigación están sujetos y limitados a un contexto específico, ya que se aborda el tatuaje en Bogotá desde la mirada individual-contextual de algunas personas tatuadas y tatuadores de la misma ciudad, que han vivido y experimentado este fenómeno. En la trayectoria de vida de los participantes la ciudad ha sido un lugar permanente de convivencia que ha permitido la vivencia y construcción de distintos sentidos específicos del grupo de personas con la que se trabajó. Los resultados presentados no serán generalizaciones, pero sí acercamientos para comprender más sobre el tatuaje en Bogotá.



## Capítulo 1: tatuaje: una herramienta de resignificación del dolor

Cuando me realicé mi primer tatuaje tenía 15 años. Tenía miedo porque era para toda la vida y no tenía permiso de mis padres. Aunque ahora se pueden borrar o cubrir los tatuajes (como ocurrió con el mío) el recuerdo de estar en una silla con mi cuerpo doblado para que la tinta entrara perfectamente, y para que el tatuador estuviera cómodo para que los trazos fueran exactos con el esténcil, jamás se borrará.

De esas tres palabras tatuadas en mi abdomen sólo queda una visible. El recuerdo jamás se ha borrado, ni el dolor en el cuerpo de ese momento, ni la razón del por qué lo hice, tampoco la razón por la que decidí cubrirlo con otro tatuaje, ni por qué dejé solo una palabra de esas tres. Ese recuerdo vuelve constantemente para mediar mis acciones, pues me situó en esos momentos que me permiten tener presentes esos aprendizajes. Esos momentos los tengo en mi cuerpo y los tengo en mi memoria, pero, no se presentan tal cual cómo sucedieron la primera vez. No me refiero al cambio que existe en la piel, sino a lo que aprendí del tatuaje.

Cada uno de los momentos de mi vida con el tatuaje han vuelto constantemente, incluso, al realizar las entrevistas a estas personas que me acompañaron durante la investigación. Uno de esos momentos, me permitió pensar el tatuaje como *marca temporal*, como un elemento que permite resignificar los dolores del pasado. Al pensar en mi primer tatuaje reviví ciertos tipos de dolores: no solo el dolor corporal (aunque hay que aclarar que le tengo miedo a las agujas) sino esos dolores que para mí y para las personas que participaron en esta investigación, eran vivos momentos de dolor en carne y mente. Por otro lado, revisitando esos recuerdos dolorosos, varios de estos personajes se centraron en la muerte de personas cercanas. Las rosas negras terminaron siendo una figura constante en los discursos y en los cuerpos de los participantes, remitiendo a la

muerte de seres queridos, al respeto que les tienen o como honor en trazo y tinta a esas personas importantes.

Estos momentos basados en situaciones del pasado permiten darle, además, un nuevo sentido al futuro de los participantes. Así, en este capítulo volveremos sobre el cuerpo para pensarlo no sólo como plano terapéutico sino como un lugar en el que las temporalidades cobran diferentes significaciones, pues en definitiva en este caso, es el cuadro en caballete que permite a los participantes construir nuevas percepciones sobre esas narrativas de sufrimiento, más allá de la palabra misma.

## **I - Tatuaje como código de comportamiento: resignificando el pasado, el presente y el futuro**

María Alfonsina Giráldez en su texto “Estatuto antropológico de la enfermedad y el dolor en el enfermo terminal” nos explica:

El ser doliente es una posibilidad ineludible e intrínseca de la naturaleza humana y no un agregado accidental; es por ello necesario un esbozo de sus fundamentos antropológicos. El ser humano constituye una unidad sustancial de cuerpo y alma espiritual, conformando una integralidad que solo puede ser comprendida adecuadamente a través de un enfoque holístico que permita comprender que el todo humano no se reduce a sus partes constituyentes, y más aún, que las partes cobran un sentido más profundo en función del todo (Giráldez, 2013, Pág. 12).

De acuerdo con la autora, el *dolor* es parte de lo humano, se es “doliente”. Además, la investigadora agrega: “la persona vive íntimamente su dolor como integrado a toda su humanidad. Es la persona la que sufre, no se visualiza como un simple espectador de su dolor.” (Giráldez, 2013. Pág., 13). Como veremos a continuación, para los participantes de esta investigación el dolor

emocional (no sólo el dolor físico asociado a la perforación de la piel), representado en el tatuaje, se constituye como central para darle sentido a esas experiencias que marcarían sus vidas, en todo el sentido de la palabra.

Policarpa Torres nos habla sobre su experiencia como tatuadora y también como persona tatuada:

Lo que pasa es que yo sufro muchísimo de ansiedad y de depresión y eso me hace a mí disociar demasiado y lo único que a mí me mantiene, como el día a día es esto, porque me hace feliz, porque me hace sentir cómoda conmigo misma; me hace sentir como aceptada dentro de mí. No tanto como que los demás me acepten como persona, sino conmigo misma; dejar los conflictos conmigo y dedicarme solamente a las cosas que hago. (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 2).

Policarpa Torres define el tatuaje como algo que le ayuda a mediar con sus dolencias, pues es lo único que la “mantiene”, la hace “sentir contenta y cómoda consigo misma”. Ella “se acepta” por medio de su trabajo, pues la ha ayudado a dejar de lado su angustia y su depresión. Por lo tanto, Policarpa como tatuadora (siendo su trabajo) puede encontrar un lugar cómodo, en donde aprende a “no preocuparse por los demás, sino por ella misma”. En este sentido, el hecho de hacer tatuajes, es decir, el tatuaje como acción, y el hecho de tener tatuajes en su cuerpo también, le permiten controlar ciertas formas de su sufrimiento. Como ella lo dice, le permite “mantener” un cierto estado de tranquilidad. Ella se ha entendido como una ser mujer *doliente*, encontrando en el tatuaje una forma de llevar su dolor.

Leila Guevara, otra de las participantes en esta investigación, nos comentaba durante una de las entrevistas lo siguiente sobre sus tatuajes: “todos tienen un sentido: éste es la muerte de mi hermano; acá está mi carrera, la confección, pues el diseño; mi perrita; éste que es aprendiendo de mis propios errores, que fue de una época de aprender bastante.” (Entrevista a Leila Guevara,



mayo, 2016; pág. 4). Cada uno de sus tatuajes tiene un sentido, y cada uno de ellos le permite plasmar en su cuerpo experiencias de su vida. Sus tatuajes no sólo son imágenes sobre el cuerpo, sino experiencias grabadas en la piel. Así, cuando Leila nos dice: “éste [señala un tatuaje en las manos] que es aprendiendo [sic] de mis propios errores”, nos muestra que ese tatuaje en particular representa algo que cambió en su vida. Esa experiencia o época de su vida va unida a otra de sus intervenciones, donde nos explica: “por amor, cada vez que, no sé, eso es también como amor al dolor, cada vez que me iba haciendo uno, ya iba pensando en el siguiente, y los siguientes otros tres tatuajes”. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 1). Es decir, cada uno de sus tatuajes están unidos al “amor al dolor” que siendo marcado en su piel no sólo le ayuda a recordarlo, sino que se constituye como lo que Leila llama un “aprendizaje”. Aprendizaje unido al dolor, a ese dolor intrínsecamente humano con algo que sucedió en el pasado, que tuvo un fuerte impacto en su vida y, sobre todo, que no debe repetirse nuevamente. El tatuaje se convierte en una forma de organizar el dolor, pero también es una forma de dar lugar al mismo, pues, sea unido a una experiencia dolorosa o de sufrimiento, o al dolor corporal, se visualiza como parte de la experiencia de vida, siendo el sujeto el que le da un sentido ese dolor en el pasado.

El tatuaje de Leila también es muestra de su error, pues como experiencia está relacionada con lo que exponen Licona, Sevilla y de la luz: “el tatuaje [es una] marca de expresión de sentido, mediante un proceso particular de intimidad, entre el sujeto tatuado y su entrevistador, expresa el verdadero sentido interno de la marca.” (Álvarez y Sevilla, 2002).

El error es íntimo, al igual que el dolor, pues solo “la persona vive íntimamente su dolor como integrado a toda su humanidad. Es la persona la que sufre” (Giráldez, 2013. Pág., 13). El error de Leila le pertenece únicamente a ella. Es su experiencia, por eso tiene tanto sentido para ella. El tatuaje resignifica el pasado en el momento en el que obliga a Leila a actuar de manera

diferente en el presente, y así se convierte en un “aprendizaje” que pasa por el cuerpo, situando el dolor de una época en un lugar corporal y un lugar mental.

En esta línea de pensamiento, en la que se relacionan pasado y tatuaje y con base en los ejemplos que acabamos de presentar, podríamos decir que el tatuaje es una representación de una “relación con el pasado” que permite en particular relacionar cierto tipo de dolores o sufrimientos con nuevos sentidos o nuevos valores, ya que se aprende y se da la posibilidad de resignificar esas dolencias individuales. El tatuaje es una “relación” que configura aspectos de la vida (como la ansiedad de Policarpa Torres), que ordena emociones y permite controlar el sufrimiento, con base en reinterpretaciones de cosas que pasan en el pasado. El tatuaje, cobra sentido, tanto para Leila Guevara, como aprendizaje; como para Policarpa Torres, para mediar con sus dolores. Sin embargo, el tatuaje no solo representa el hecho de plasmar algo significativo en el cuerpo, sino también, es una forma de organizar el dolor, sea por el sufrimiento de una ansiedad o por el error de una época. Es decir, el dolor se organiza en un espacio temporal, como Vilma Castro lo expresa, también es una relación con el futuro fundada en el dolor del pasado:

Porque yo quería hacerme el tatuaje en el cuello, pero no sabía que, yo no iba a hacerme un tatuaje en el cuello sólo por hacerme el tatuaje en el cuello. Para mí tenía que significar algo y yo tenía esa frase de Galeano [sic] que yo tenía hace tiempo, y me parecía súper linda y la primera vez que la escuché me marcó. [...] Una frase que a mí me marcó desde que la escuché, y.... pues el significado para mí de este tatuaje fue fuerte y con mi vida se relaciona aún más con la frase [sic], porque resulta que yo me hice el tatuaje como en una época de quiebre, que yo creo que eso es lo más normal, tiende a ser algo normal y fue sobre todo los tatuajes con su significado. Fue una terminada con mi anterior pareja y yo quería como.... Yo siempre he tenido esa idea de que quiero cambiar, entonces quería hacerme el tatuaje. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 3).

Ella se hace su tatuaje en una “época de quiebre”, de dolor, pues terminó con su anterior pareja. Sin embargo, siempre tuvo la idea de “cambiar”, idea que se cumple con la realización de su tatuaje. Así, puede resignificar ese dolor de su pasado con esos nuevos valores o sentidos que le da a su tatuaje. Ese “quiero cambiar” se lleva a cabo, cerrando un ciclo y un aprendizaje de esa “época fuerte” pues cambia el sentido de ese dolor resignificándolo. El tatuaje, tanto como práctica (con Policarpa Torres) y como aprendizaje de la vida (con Leila Guevara y Vilma Castro), es una marca de resignificación tanto de los dolores, como del mismo pasado y del futuro. Es decir, el dolor, sea corporal, emocional o psicológico es situado en las narraciones hechas por los participantes, en relación con el tatuaje, como una codificación del dolor, ya que, resignificando el pasado, el presente y el futuro se generan mapas de comportamiento, mapas de dolor-acción. Sobre los aprendizajes y la forma de actuar en el futuro desde los dolores del pasado, Vilma Castro también nos cuenta:

Mis tatuajes me los he puesto como símbolos y como recordatorio, son enseñanzas, son... Es como una forma de fijarme para dónde voy. ¿Sí me entiendes? Como de recordarme cosas que he aprendido y que realmente son importantes para mí. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4).

Para ella, sus tatuajes son “símbolos” y “recordatorios”. Son “enseñanzas” pues le permiten tener presentes “cosas” que ha aprendido y no las olvida porque “son importantes” para ella. Para Vilma sus tatuajes son “enseñanzas” que le sirven de guía para actuar en el futuro. Los tatuajes son mapas de conducta. Nos muestran así, la capacidad del ser para resignificar tanto el pasado como el futuro con el fin de actuar en el presente. Esto se puede relacionar con lo que señala Porfíó:

El tatuaje en nuestras sociedades supone un ritual que permite inscribir nuestros recuerdos a través de símbolos gráficos, que marcan etapas fundamentales de la vida, aunque la relación íntima y profunda que se crea entre identidad y tatuaje se manifiesta cuando lo elegimos con la finalidad de expresar lo que sentimos y lo que pensamos. (Porzio citada por Alcoceba, 2007 p.79).

A Vilma Castro, el símbolo gráfico relacionado con la frase que la marcó le ayuda a generar un cambio en esa “relación íntima” con una “época de quiebre”, creando así parte de lo que ella quiere ser. En otras palabras, configurando parte de su identidad. Para Vilma, la resignificación de esa situación difícil la ayuda a “cambiar”, a *ser diferente*. En este sentido, el tatuaje contribuye a la constitución de recursos para sobrellevar el dolor. Sobre el dolor y las épocas difíciles, también Fidel Salcedo señala:

Uno se ve sus tatuajes y se siente bien con uno. Uno recuerda momentos, las circunstancias, es chévere y uno mejora y uno crece. El poder de decisión, [sic] lo va a hacer por siempre y eso hace que el carácter se forje. Se vuelve uno más convencido de las decisiones y eso se ve reflejado en la vida. (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; Pág. 7).

Fidel ve sus tatuajes y “se siente bien”. Recuerda o sitúa esos momentos difíciles o dolorosos que le ayudaron a mejorar, “crecer” y “fortalecer” su “poder de decisión”. Sobre todo, nos señala el hecho de que el carácter “se forja”. El no solo tiene en cuenta lo que construye con el dolor, sino también con lo que surge de ese dolor, con lo que Fidel llama el “poder de decisión”. Esto se relaciona con lo que explica Duero y limón:

Se dice que el “yo” sería una especie de metaevento distribuido en cada elemento que ha contribuido a la elaboración de nuestra biografía (como son las anotaciones en cuadernos personales, los pasajes que subrayamos en nuestros libros, las fuentes de información de nuestro ordenador, o incluso las producciones literarias que han marcado los estilos discursivos de una determinada época o período

histórico) el cual ofrece coherencia y continuidad a la experiencia (Bruner, 1991; 2002; Bajtín, 1979). (Bajtin y Bruner referenciados por Duero y Limón, 2006, Pág. 234).

Fidel Salcedo describe ciertas “circunstancias” que le ayudaron a fortalecerse. Este es un momento de “elaboración” de su identidad a lo largo del tiempo, construyendo a través de su narrativa y a través de la imagen del tatuaje, “coherencia y continuidad” de su experiencia íntima y expectante de esos momentos difíciles. El tatuaje es identidad, narra identidad, muestra identidad, desde el pasado para el presente y el futuro de la persona tatuada. Ese *narrador* (el tatuaje) es un “ordenador”, que sitúa la experiencia dolorosa en el cuerpo. El tatuaje, entonces, tiene un impacto profundo en las expectativas del futuro como Diazgranados explica:

Los recuentos narrativos están inmersos dentro de la acción social; hacen socialmente visibles los eventos, y típicamente establecen expectativas de los eventos futuros. Debido a que los eventos de la vida diaria están inmersos en narraciones, quedan cargados con un sentido historiado (Estrada y Diazgranados, 2007, p. 154).

Fidel Salcedo, con esos recuerdos o eventos ha creado un “yo”, que sitúa experiencias dolorosas que contienen un “poder de decisión” frente a esos nuevos “eventos futuros”, gracias a la presencia de los tatuajes en su cuerpo. Ese “yo” narrador, se constituye así en este caso a partir de ciertas elaboraciones sobre el pasado con un impacto en el futuro. No solo en la experiencia de Fidel, sino en la de los distintos participantes que permiten resignificaciones en el presente. En otras palabras, el tatuaje se convierte entonces en un mapa para leer los comportamientos de las personas tatuadas en el presente, el pasado y el futuro.

Reflexionando sobre lo que dice Micieli sobre una de las muchas posibles definiciones de “cultura”, considerándola como “un código de ordenamiento de la experiencia humana bajo una triple relación: lingüística, perceptiva y práctica” (Micieli, 2007, p. 48), podríamos efectivamente

volver sobre los tatuajes para pensarlos como “códigos de ordenamiento”. En ellos, se puede plasmar la “experiencia humana” por medio de imágenes cargadas de sentidos que van más allá de la palabra. Esos sentidos codifican el accionar en el futuro a partir de las resignificaciones de las experiencias pasadas.

En el tatuaje encontré un lugar en el cual situar ciertos sentimientos, ciertas emociones, ciertas vivencias y ciertos dolores. Sin embargo, hay un dolor en específico que comparto con varios participantes: el dolor de la muerte de alguien cercano. Mi *código de ordenamiento* (si podemos llamarlo así), me llevó a tatuarme una calavera arriba de la rodilla izquierda (ver imágenes 1, 2 y 3). Esa calavera tiene unas rosas a lado y lado, rosas que se van pudriendo como las rosas naturales y añejas, con poca agua, que se ven en los cementerios, en esas lápidas viejas del cementerio de aquel pueblito al norte de Boyacá. Ese tatuaje simboliza la muerte de mi abuelo. Las rosas se van pudriendo terminando en un bosque negro que me recuerda, justamente, el color que tomaron mis recuerdos de esas largas laderas llenas de maleza y árboles gigantes. Esa fue mi manera de situar en el cuerpo ese dolor relacionado con la muerte de un ser querido.



Imagen 1. Tatuaje “Calavera y Rosas”. Foto personal



Imagen 2. Tatuaje “Calavera y Rosas”. Foto personal



Imagen 3. Tatuaje “Calavera y Rosas”. Foto personal

En el siguiente apartado, abordaremos esos tatuajes en los que las rosas cobran una significación particular para darle nuevos sentidos a la muerte.

## **II - La rosa negra: la muerte marcada en el cuerpo vivo**

En el apartado anterior analizamos distintos tipos de dolores: físicos, dolores de los errores del pasado, y ansiedades. Vimos cómo los tatuajes permiten situar y darle un sentido (organizar, ordenar) esos dolores, transformando el cuerpo tatuado en un complejo de “códigos de ordenamiento” de la experiencia. El dolor por la muerte de alguien cercano es uno de los más nombrados entre los distintos participantes.

Una de las maneras de abordar este tipo de dolor es por medio de la categoría del “duelo”. Esperanza Díaz Maldonado en su tesina “El duelo y su proceso para superarlo” lo define de la siguiente manera:

Duelo: Reacción de pérdida de un ser amado o una abstracción equivalente. El término “duelo” viene del latín *dolus* (dolor) y es la respuesta emotiva natural a la pérdida de alguien o de algo. Se manifiesta en el proceso de reacciones personales que siguen a una separación o a cualquier tipo de pérdida (Díaz, 2012, p. 12).

El duelo puede ser entendido como una “reacción de pérdida de un ser amado” o algo “equivalente”. La investigadora agrega más adelante lo siguiente:

Elaborar el duelo significa ponerse en contacto con el vacío que ha dejado la pérdida de lo que no está, valorar su importancia y experimentar el sufrimiento y la frustración que comporta su ausencia y se termina cuando ya somos capaces de recordar lo perdido sintiendo poco o ningún dolor, cuando hemos aprendido a vivir sin lo que ya no está, cuando hemos dejado de vivir en el pasado y podemos invertir de nuevo toda nuestra energía en nuestro presente y en lo que tenemos a nuestro alrededor (Díaz, 2012, p. 13).

Según la autora, elaborar un duelo es “ponerse en contacto con el vacío que ha dejado la pérdida”, es “valorar su importancia y experimentar el sufrimiento y la frustración”. Ahora bien, hablando de la relación entre cuerpo, tatuaje y duelo Sergio Carlos Staude en el texto “el duelo y sus recursos” nos explica:

Lo escrito en el cuerpo es un modo de recuperar eso vivido, y a la vez una forma de recuperarse y de poder escribir en imágenes aquello difícil de poner en palabras. No es un intento de explicar o dar razones sino un modo de recuperar y hacer propio aquello que el desgarró de la pérdida amenaza con enajenarlo en el olvido y al mismo tiempo poder descansar y aliviarse en ese tan necesario olvido. "Muchas veces no recuerdo las fechas de los tatuajes, pero sí lo que significan para mí... los recuerdos que tienden a borrarse y que busco no perder... aunque sean tristes... además los tatuajes me cubren la piel, me hacen sentir que no estoy desnudo...".... El tatuaje tiene en su base dos rosas, una negra y otra roja. "La negra por la penuria que me produjo la situación, la roja tiene que ver con la vida y con la ayuda que recibí, la de mi hermana, la de mis padres... también la tuya. (Staude, 2011, p. 5).

Uno de los participantes en la investigación de Staude tiene tatuadas una rosa negra y otra roja. La rosa negra, de manera similar a lo que sucede con mis rosas podridas que se dirigen hacia el bosque negro, representan “la penuria” que le “produjo” una situación específica. Ese “desgarro



de la pérdida” se representó en un tatuaje, convirtiendo el tatuaje en una forma de “enajenar el olvido”, “y al mismo tiempo poder descansar y aliviarse en ese tan necesario olvido”.

En este caso, el de la investigación de Staude, la rosa pareciera estar relacionada profundamente con la categoría del *olvido*. En ese sentido, el tatuaje se convierte en una paradoja: por medio de una imagen que busca recordar el momento y que está *marcada por siempre* en la piel, se busca *desmarcar* (olvidar) el mismo recuerdo. La experiencia de Staude se asemeja a lo que viví cuando murió mi abuelo. Al reaccionar a la “pérdida” de mi “ser amado” utilicé el tatuaje como una herramienta para “recordar lo perdido sintiendo poco dolor”, resignificando el dolor y al mismo tiempo el olvido. El cuerpo, en este caso, se convierte en un plano capaz de moldear recuerdos de manera paradójica.

Hablando sobre la muerte, Leila Guevara nos cuenta: “Mi hermano Mat, un hermano mío que falleció se había tatuado un vikingo a escondidas de la familia y lo pillaron en un paseo y ¡o no que es eso! Y yo quedé como ¡Ah! Y ya me enamoré.” (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 1). Para Leila el tatuaje no solo es “amor al dolor” (como lo señalamos anteriormente), sino que su primer contacto con el tatuaje fue cuando su hermano fallecido llega con un tatuaje a la casa. La muerte de su hermano es el vínculo que relaciona el tatuaje a la vida de Leila. Después de contarnos la anécdota sobre su hermano y su encuentro con el tatuaje, Leila nos cuenta cómo al fallecer decide hacerse un tatuaje:



Imagen 4. Tatuaje “la rosa negra”. Foto de Leila Guevara

Era un tatuaje en honor a mi hermano que falleció, y tenía la fecha y todo, pero me puse a pensar y realmente la rosa negra mostraba más lo que quiero expresar para mí misma, entonces me lo cubrí y ya. Es que era muy metalero, también, como esas decisiones igual que uno se arrepiente en la vida, pero por lo menos se las puede tapar. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 3).

Ella, enamorada del tatuaje decide hacerse uno en honor a la muerte de su hermano Mat. El diseño de ese tatuaje ubica a las rosas negras como un elemento central. El tatuaje, que antes era la representación de unos lobos y unas velas entrelazados, en realidad no simbolizaba la muerte de su hermano. Sabemos que su significado se transformó con el tiempo en algo que ya no tenía tanto valor para ella, razón por la que decide “taparlo” con una rosa negra. ¿Qué relación tienen las rosas negras con la muerte?

La experiencia de Leila, mi experiencia y la experiencia contada por Staude (2011) tienen en común la rosa negra. Para mí, son las rosas podridas que vi en el cementerio donde ahora está el cuerpo de mi abuelo. Para Staude es la rosa negra se relaciona con “la penuria que [le] produjo la situación”. Por último, la rosa negra de Leila es el símbolo que más se acerca a su manera de darle sentido a esa muerte y al dolor asociado a ella. Esta relación de la muerte con el color negro la explica Lucía Ruiz de la siguiente manera:

El ser humano siempre ha tenido miedo del negro” (Pastoureau, 2008, p.24). Los temores hacia el negro empezaron a disminuir con el control del fuego por el Homo Erectus y desde el Neolítico ha sido asociado a ritos funerarios (Ruiz, 2014, pág. 23).

A esta asociación del negro con lo funerario añade:

Para el cristianismo, todos los colores oscuros eran infames, debido a que Dios se manifestaba como luz. De esta forma, el blanco y el negro pasan a ser los dos colores enfrentados, el blanco representaría a Dios (vida y resurrección) y el negro a Satán (muerte y pecado). (Ruiz, 2014, pág. 23).

Hay una relación clara entre la muerte, lo negro y los temores hacia la oscuridad desde épocas antiguas, como lo señala la autora. Las rosas negras, al igual que el color de la vestimenta que se utiliza en los funerales en las comunidades occidentales, parecen tener una importancia particular para los participantes en esta investigación. Sería imposible definir de una sola manera los significados que cada uno le otorga a la rosa negra.

Recordando la definición de cultura de Clifford Geertz, siendo la mediación entre la persona y su realidad, y la manera como esta relación se modifica incluyendo vehículos de significación y posicionamientos del comportamiento de las personas, cómo ven, sienten y piensan su pasado o realidad, los tatuajes son herramientas de “acción simbólica”, como la relación del color negro con la muerte, lo fúnebre y el luto. También, Weber Max (s.f) citado por Geertz Clifford (s.f) explica que “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido”, y sigue tejiendo, como sucede con el color negro como luto, ya se convierte es un código de ordenamiento no solo de la experiencia dolorosa situada en un momento, sino también en asociación con la muerte llegando a las rosas negras en el tatuaje.

Vemos así que los sentidos y significados plasmados en su tatuaje le permiten resignificar a Leila Guevara la muerte de su hermano, mostrándonos que puede plasmar “lo que quiere”, llevando el dolor de su pérdida no solo al plano emocional, sino al cuerpo como plano donde se puede plasmar ese mismo dolor y el significado cultural del color negro específicamente en las rosas, como me sucede a mí y como lo explica Sergio Carlos Staude.

Leila Guevara tuvo la posibilidad de cambiar la forma de su tatuaje, lo reforma con una imagen que contiene un significante con más sentido y coherencia con ese momento de su vida, generando la posibilidad de incidir en su decisión frente a lo que le recuerda un antiguo tatuaje. La rosa negra también se relaciona con lo que explica De La Cruz:

Lo inscrito y la persona que lleva la inscripción tienen una estrecha relación, comunican que no se quiere volver de la posición asumida o que no le será permitido al otro retornar de ese lugar que se le ha dado al imponerle cierto tatuaje. [...] La simbolización es un proceso de suma importancia en la práctica del tatuaje, ésta se define como la representación mental de un objeto externo que ya no está. El aparato psíquico comienza a partir de la necesidad de sustituir por otra cosa, aquel objeto que no está. Hay captación y vivencia del objeto ausente. (De La Cruz, 2011, pág. 78).

La rosa negra es ahora la representación de lo “externo”, del vacío, de algo que “ya no está”. Esa rosa es ahora un “objeto ausente” profundamente presente en el cuerpo. La naturaleza paradójica del tatuaje en este caso se presenta como una estrategia terapéutica para resignificar el dolor asociado a la muerte. Recordar por medio del tatuaje, lo que se quiere olvidar, termina siendo una estrategia para enfrentar lo que algunos teóricos denominan el duelo.

Esta concepción del tatuaje se relaciona profundamente con la cultura popular colombiana en su manera de concebir el vínculo con los muertos y la muerte en general. Las interacciones

entre los vivos y los muertos están centradas en la realización constante de ofrendas, como lo muestra Luis González Cornejo:

Las atenciones al difunto seguían continuando después de este tiempo para asegurar su descanso eterno. Las ofrendas de comida: pan, vino, frutas, uva, pasteles, etc. y flores como violetas y rosas eran habituales y se hacían llegar al difunto a través de un conducto de cerámica o de un orificio situado en la cubierta de la tumba, el tubo de libaciones. Estos actos eran realizados por la familia el día de cumpleaños del difunto” (González, s.f, pág. 23).

Como podemos ver, las rosas también pueden ser ofrendas para el difunto. Luis Alberto Suárez Guava, antropólogo colombiano que ha dedicado su trabajo al estudio de este tipo de relaciones, nos dice lo siguiente sobre los vivos y los muertos en Colombia:

Las visitas a los muertos cumplen un protocolo simple: llegada, entrega de dones, conversación, oración, petición y despedida. La visita a los muertos toma la forma general de cualquier visita entre grupos de personas vivas en el centro de Colombia, pero con una importante variación. Las visitas entre las personas vivas suelen acompañarse de intercambios de alimentos. Los visitantes traen a las casas un alimento que suele ser de consumo inmediato, y llevan a sus casas un alimento que puede consumirse después. Esta lógica ocurre particularmente en las familias que no han roto vínculos con las zonas rurales. En las visitas a los muertos, en cambio, no se intercambian alimentos. En el centro de Colombia se evita sistemáticamente el consumo de alimentos dentro de los cementerios. Es usual, incluso, que una muerte dé inicio a un ayuno de los dolientes, que no se hace explícito, pero se “siente” necesario, “no da hambre”. La presencia del yelo alrededor del muerto impide la ingestión de alimentos cerca de él. En cambio, se consumen bebidas alcohólicas y tinto (café). Los mismos principios se relacionan con que a los muertos se les da “trago” (bebidas alcohólicas), por lo general aguardiente y cerveza. Los primeros tragos de las bebidas alcohólicas, en cualquier reunión, deben ser para “las ánimas” y se vierten sobre la tierra. En el norte del Tolima,

la procesión final que lleva al muerto hacia el cementerio se detiene en las tiendas donde “tomaba” (se emborrachaba), y ponen a sonar la música que le gustaba (Suárez Guava, 2009, pág. 35).

Más adelante agrega lo siguiente:

Las visitas a los muertos materializan en un evento las obligaciones de los deudos y las “promesas” de los vivos. Los deudos suelen visitar por lo menos durante el primer año que sigue a la muerte, cada semana. Pero, en general, cuando los vivos necesitan ayuda de las ánimas hacen una promesa que deben cumplir a través de un cierto número de visitas (desde una hasta nueve) (Suárez Guava, 2009, pág. 35).

Estas rosas, siendo “ofrenda” en cuerpo tatuado, son mezcladas con el negro, que también recuerda el luto. La rosa negra, en este caso, simboliza entonces más la vida del muerto que su propia muerte. En otras palabras, la rosa negra, paradójicamente, es más vida que muerte. En ese sentido, la estrategia terapéutica estaría centrada en marcarse la muerte en el cuerpo vivo, para simbolizar más la vida que la muerte.

La rosa negra, en realidad, no es la única que simboliza esa *vitalidad de la muerte*. En uno de los tatuajes de Jaime Díaz encontramos no la rosa negra sino un corazón con una daga:



Imagen 5. Tatuaje “Corazón con una daga y respeto eterno”. Foto de Jaime Díaz.

Es un tatuaje que hice por mi mamá, porque mi mamá murió hace quince años, entonces como en honor a ella a todo lo que representa Tengo un tatuaje de un corazón con una daga, la daga representa un dolor que siempre voy a sentir por el fallecimiento de ella, pero también es una forma de.... Como de.... De decirle pues no la voy a olvidar nunca, dice respeto eterno por una canción de Animal, un grupo que me gusta resto y pues me recuerda resto como la vida de mi mamá. (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 1).

La figura que representa la muerte de su madre es un corazón con una daga. Además, tiene una frase en la que dice: “respeto eterno”. Esta frase es de la canción “Aura” del grupo de metal A.N.I.M.A.L de argentina que dice lo siguiente:

Sueño de cristal,  
Puro y Esencial  
Siento su reflejo  
Que anida en mi pecho  
Dando a luz  
Siempre fiel regreso  
Cada vez que me marchó  
  
Ángel de mi romance  
Lleva en sus manos hoy  
Las llaves para liberar mi amor

Saboreo su recuerdo,  
Que alimenta este deseo,  
De pasiones, fantaseo que te tengo,  
Tan alto como el sol

Busco verte en una estrella cada noche  
Mirando me titilan tus pupilas en el cielo  
Sobre mí llevo el aura de nuestro respeto eterno,  
Tan feliz, lo protejo.

Ángel de mi romance  
Lleva en sus manos hoy  
Las llaves para liberar mi amor

Ángel de mi romance  
Lleva en sus manos  
La cruel, mi sentir, mi vivir  
Mi sentir.

Una parte de esta canción se relaciona con lo que explica Esperanza Díaz: “ponerse en contacto con el vacío que ha dejado la pérdida” de su madre. Además, la canción ubica al muerto en un lugar pequeño pero brillante, la estrella, en un lugar oscuro, la noche. La estrella es asociada con la mirada de la persona difunta que observa a la persona desde arriba, en asocio con una idea de protección. Esto es parte del luto de Jaime, pues en su tatuaje del corazón con una daga puede



llevar encima o sobre él a la representación de su madre fallecida pero que aún lo protege. Por otro lado, el tatuaje de Jaime también puede ser ese “sueño” “puro y esencial” que le permite “sentir su reflejo”. Ese dolor de la daga atravesando el corazón, le permite elaborar un nuevo significado porque le dice que jamás la va a olvidar, ayudándole a recordar la vida de su madre. Así, el tatuaje y el cuerpo es el lugar para brindar permanencia a lo perdido. El tatuaje a él le permite resignificar esa experiencia, pero al mismo tiempo el cuerpo mismo.

Como lo expresa De La Cruz, el corazón con la daga y la frase “respeto eterno” son formas de “captación y vivencia del objeto ausente” en este caso su madre y la muerte, simbolizando ese proceso de “suma importancia”. Aunque su madre ya no esté, el dolor sigue estando, representado en el cuerpo, con “respeto eterno”, la vida del muerto que aún no muere. Vemos cómo el tatuaje adopta diversos significados según las vivencias y experiencias personales.

Este tipo de tatuajes representa una forma de organizar la experiencia de la muerte. Es un código de organización de la vida y la muerte. De la misma manera, esos tatuajes dan cuenta de una historia construida con el *Otro*, como lo explica Angela Hernández: “el sujeto puede dar cuenta así, en el curso del tiempo, de una historia de los vínculos [...] supone participar en la construcción conjunta de una historia realizada con el otro” (Hernández, 2010, p. 35).

El tatuaje, permitiendo inyectar sentido en la carne, permite transformar dolores como el asociado con la muerte. Sobre el dolor de la partida de un ser querido, Jaime Díaz señala con otro de sus tatuajes:

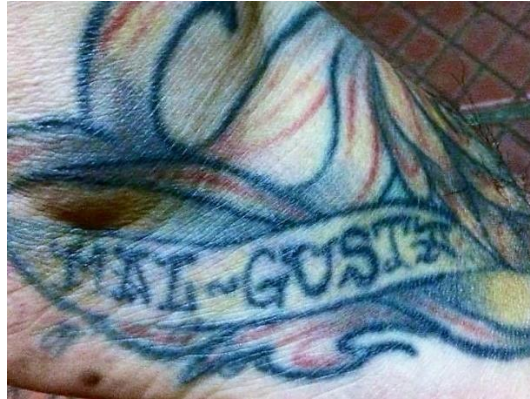


Imagen 6. Tatuaje “por su amigo fallecido Gustavo”. Foto de Jaime Díaz.

El primero fue doloroso porque fue el tatuaje de mi amigo que murió, y fue una vaina de recordarlo mientras me tatuaba el man pues.... Pues era como recordar al man, pero también como estaba empezando y era en el pie y duró como seis horas como torturándome el pie, entonces fue una mierda (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 3).

La muerte de su amigo le permite forjar el dolor en el cuerpo por medio de lo que él llama “tortura”. No es algo de lo que pareciera arrepentirse sino es algo de lo que pareciera estar orgulloso. Sobre ese dolor corporal Medina explica:

En la forma de concebir al dolor como un medio para un fin, a tal punto que éstos suelen decir que “un tatuaje sin dolor no tiene sentido”. La cuestión es que el dolor no es el objetivo del proceso, pero sí el medio para llegar a él, lo que lo convierte en inevitable. (Medina, 2015. Pág. 33).

El dolor del tatuaje es parte del sentido de la práctica de tatuar, y aunque no es el “objetivo del proceso” es el “medio” para que Jaime pueda parte de la vida de su amigo en su cuerpo. El cuerpo es en ese caso portador de vidas representadas en los tatuajes. Ahora su tatuaje es el “medio” para llevar y recordar a su amigo.

Hemos hablado hasta el momento del tatuaje como un medio para resignificar el dolor, el pasado, el presente, la muerte y la vida misma. Hemos mencionado en el primer apartado su relación con la resignificación del futuro. A continuación, volveremos sobre la categoría de “futuro” teniendo en cuenta los resultados de los dos apartados que acabamos de construir.

### **III - Volviendo sobre el futuro: desde los dolores y la muerte viva**

En el texto “determinismo y construcción del futuro” de Francisco José Mojica encontramos distintas pistas sobre lo que es el futuro: desde el filósofo Maurice "El futuro no se prevé sino se construye" (Mojica, s.f., pág. 2) y también afirma más adelante “que el futuro es hijo del pasado” (pág. 3). Citando a Gaston Berger explica que la prospectiva es “una actitud mental” que ayuda a “concebir el futuro para obrar en el presente” (s.f., pág.4). Mojica también comprende que “el presente es heredero del pasado, el futuro a su vez es hijo del presente.” (Mojica, pág. 4). Estas explicaciones sobre el futuro se relacionan con la intervención de Vilma Castro: “[...] Mis tatuajes me los he puesto como símbolos y como *recordatorio*, son enseñanzas, son.... Es como una forma de *fijarme para donde voy*, si me entiendes, como de recordarme cosas que he aprendido y que realmente son importantes para mí. [...]” (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4; cursiva mía). La explicación de la categoría de *futuro* que nos presenta Mojica se enlaza con la percepción que Leila tiene sobre su tatuaje: fija “recordatorios” y “enseñanzas” en él, convirtiéndose en una herramienta de retrospectiva que ayuda a “concebir el futuro para obrar en el presente”, teniendo suficiente control sobre las situaciones y sabiendo a dónde se quiere llegar. Los *aprendizajes* de Vilma pueden leerse a la luz de lo que explica Sánchez sobre la *resignificación* en el tiempo:

[Los] flujos [estructurados históricamente], son los que afectan la imagen en su parte del significado. Significado que se construye y se convierte en estable al curtirse con el tiempo. Luego de este significado se suman los significados de las subjetividades (Sánchez, 2011. pág. 51).

La resignificación de las imágenes o de una experiencia por medio del tatuaje, es un flujo constante de estructuraciones, ya que se construye y convierte las subjetividades a partir de “herencias del pasado”. Es decir, que Vilma por medio de su tatuaje se remite a situaciones del pasado, estructurándolas como *aprendizajes*, modificando su percepción de *futuro* como resultado de la acción presente. Estos aprendizajes son los que estructuran la subjetividad en el presente y en el futuro por medio del tatuaje.

Enrique Colón nos habla de *aprendizaje* a su manera: “[...] también porque es una parte que siempre está visualmente, o sea que siempre la tengo visible, entonces en el momento que vaya a tomar una mala decisión lo puedo ver ahí [...]” (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 2).



Imagen 7. Tatuaje “Ancla”. Foto de Enrique Colón.

Su tatuaje siempre está visible. La *visibilidad* del tatuaje cobra una importancia particular en este caso. Viendo su tatuaje tiene la posibilidad de darle nuevos sentidos al futuro, ya que al tenerlo visible recuerda por qué se lo hizo, evitando tomar una “mala decisión”. El recuerdo por sí

solo no es suficiente para Enrique, éste debe ser grabado en la piel, específicamente en el antebrazo, un lugar que “siempre está visible para [él]”, como lo diría Enrique. El aprendizaje y su visibilidad determinan una transformación de la subjetividad que debe ser mostrada no sólo para la persona tatuada sino al mundo entero. Enrique Colón también explica sobre su tatuaje:

Mi tatuaje es estilo americano clásico, pero como... el ancla en el tatuaje americano significa como... significa tener... forma hee.... Mantenerse estable siempre, mantener.... Como lo que hace el ancla en el barco, que lo mantiene estable en la misma posición y todo [...] El ancla es eso... mantenerme siempre en la misma posición del camino recto. (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 2).

Su tatuaje significa mantener el “ancla en el barco”, continuar por el “camino recto”. Colón nos habla del “estilo americano” en el mundo de los tatuajes, antes de continuar, hablaremos un poco al respecto de este estilo. Los trazos del tipo de tatuaje del que nos habla son característicamente gruesos, debido a la evolución de las agujas para realizarlos, siendo antes más grandes que ahora. Las anclas, muy usadas inicialmente por marineros o personas asociadas con el mundo marítimo, son usadas hoy por personas como Enrique Colón para simbolizar anclajes terrenos, para simbolizar el hecho de tener los “pies en la tierra”. El aprendizaje, además de ser visible para todos, se asocia con la idea de “estabilidad”, es más de “inmovilidad”. Desde esa perspectiva, si en el pasado Enrique no “tenía rumbo fijo”, era porque no había encontrado el ancla que le permitiera tomar uno nuevo en el futuro.



Imagen 8. Ejemplo de tatuaje tipo “ancla americana” de Enrique Colón. Foto persona

Así, el tatuaje en este caso, al simbolizar una especie de inmovilidad por medio del ancla, en realidad lo que hace es limitar el tipo de acciones y de decisiones que Enrique podría realizar o tomar en el futuro. El futuro no sería sinónimo de libertad sino de todo lo contrario. Sánchez señala lo siguiente al respecto de la imagen del ancla:

Por ejemplo, la imagen del ancla, en la tradición cristiana es el símbolo de la esperanza, una de las virtudes teologales y así ha sido reconocida históricamente, pero también es considerada una imagen marina comúnmente relacionado con los marineros. Aquí existe una disyuntiva de significado, que puede resolverse desde: (a) La mirada del receptor, que está cargada de subjetividad (Sánchez, 2011. pág. 51).

El ancla, para Enrique no es ese símbolo de “esperanza”, es la representación de la limitación de sus posibles acciones en el futuro: no volverá a hacer “lo mismo” que lo perjudicó emocionalmente. Vemos que hay formas de estructurar el pasado y el futuro por medio del tatuaje, generando nuevos posicionamientos para actuar en el presente. Esto no significa que se desvirtúa lo vivido, sino que se “reestructura” el futuro desde formas reconocidas por los participantes como aprendizajes de las experiencias. Más adelante, Enrique agrega lo siguiente sobre el tatuaje:

Yo me lo hago en el momento que entro a la universidad, porque creo que es, es un momento decisivo en la vida de cada adolescente, de cada joven, tanto para bien o como para mal. Mucha

gente... muchas personas cuando entran a la universidad empiezan a tomar rumbos o buenos o malos, y hacerme este tatuaje es mantenerme por un buen camino para darle el buen ejemplo a mi hermana (Entrevista Enrique Colón, abril, 2016; pág. 1).

Ese tatuaje toma un significado moral cuando Enrique nos dice que se lo hace “para darle un buen ejemplo a su hermana” y mantenerse “por un buen camino”. La hermana del participante se convierte, de alguna manera, en esta situación, en la simbolización de una excusa para justificar las decisiones que Enrique no quiere tomar de nuevo en el futuro. Colón no volverá a hacer eso que consideró como negativo en el pasado y para asegurarlo construye esta estrategia simbólica para justificar esa decisión. El tatuaje es el producto visible de esa decisión, pero también, es parte de esa misma estrategia.

En la narrativa de Enrique Colón, vemos cómo se conforma el saber sobre su propia vida y hacia dónde guiarla. Como lo expresa Martínez: “De forma espontánea, el sujeto tiende a responder a la interpelación a través de historias y a generar sentido a través de relatos.” (Martínez y Montenegro, 2014, p. 112). Ya que ha interpretado su propia historia, generando relatos y explicaciones sobre qué conductas tomar en el futuro, e incluso cómo comportarse bien para “darle un buen ejemplo” a su hermana, convirtiendo su tatuaje en un saber-hacer.

Ahora bien, volviendo sobre la concepción del *aprendizaje*, Vilma Castro nos expresa sobre uno de sus tatuajes:

Éste de acá, en la pelvis, son unas letras [...] es algo así como así sobre el pasado y aprender a aceptar que lo que pasa ahora no va a ser así mañana y si estás feliz mañana es posible que no vayas a estar feliz, que, si hoy estás triste mañana es posible que no estés triste, como que todo pasa, todo en la vida pasa. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 2).

La pelvis, un lugar más bien disimulado, es un lugar perfecto para ocultar o guardar un secreto que se quiere íntimo. El tatuaje de Vilma representa lo que cambia todo el tiempo, en este caso, la inestabilidad emocional. Vilma pareciera ser una persona que se preocupa mucho por sus cambios emocionales. Al tatuarse esas “letras” en su pelvis, de alguna manera está grabándose un susurro personal que le recuerda todo el tiempo que es “normal” sentirse “inestable”. El tatuaje de Vilma representa entonces una búsqueda por “normalizar” la inestabilidad emocional y aceptarla. Su tatuaje le permite aceptar lo que pasa en el pasado y cómo puede observar el futuro. Ella nos expresa que “lo que pasa ahora no va a ser así mañana y si estás feliz mañana es posible que no vayas a estar feliz el día siguiente”, dotando de sentido y valor su tatuaje, desde lo que ha vivido y desde sus experiencias. Encontramos la resonancia del sentido desde la experiencia, entendiendo que el ser humano está dentro de significaciones desde su pasado, y no como hecho fundador, sino como momento de reflexión en el presente para construir el futuro. Este momento de saber-guía, es un momento de resignificación, así lo explica Cortes y Sánchez:

El sentido de la práctica del tatuaje tiene lugar en el plano corporal de los jóvenes, puesto que a partir de las huellas y recuerdos almacenados en el cuerpo y en la mente de éstos, los tatuajes son una forma de representar y simbolizar estas vivencias convirtiéndolos en elementos reparadores sanadores y resignificantes en sus vidas (Cortes y Sánchez, 2012. Pág. 8).

El tatuaje tiene carácter transformador del futuro, según las intenciones, significados o sentidos con los que se ha realizado. Medina explica: “El tatuaje es una marca en un cuerpo real, esta marca es la escritura poblada de características que establece la resignificación del sujeto.” (Medina, 2015. Pág. 8). Esa “resignificación” que relaciona el narrar o contar la historia, la memoria y el pasado, consta en que no son meras representaciones de algún momento, sino que ese recuerdo se puede reflexionar y dinamizar, creando narrativas y sentidos, significados y



transformaciones en las nuevas posiciones hacia el futuro, o en los mapas y aprendizajes de conducta. Esto se relaciona con lo expone Martínez sobre el narrar:

Al narrar, la persona busca darle forma al espacio y al tiempo, generar dispositivos de cohesión que le permiten hilar la acción; las narrativas crean tramas y dramas y, al hacerlo, generan sentido sobre la experiencia de los narradores, de las situaciones sociales y de la historia (Crossley, 2000). (Crossley citado por Martínez y Montenegro, 2014, p. 113).

En mi experiencia como persona tatuada, el tatuaje me ha permitido generar nuevas concepciones sobre mí mismo y mi accionar en las nuevas contingencias o momentos de la vida, y al igual que en el caso de Enrique Colón, Vilma Castro, Leila Guevara y Policarpa Torres, el tatuaje me ha permitido recordar épocas de las cuales he sacado aprendizajes y herramientas. Épocas en mi memoria que de alguna manera son dolorosas, se resignifican, y valoran lo que pasó, tengo opciones con las que puedo actuar en esos nuevos contextos. También, como Adrián Serna explica sobre la memoria:

La memoria puede comprenderse como narración estructurada vivida en carne propia, pero haciendo parte de un sentido político y cultural compartido, depositaria de una manera de recordar anclada en las subjetividades del presente, siempre construida dentro de un marco social, que organiza y redefine el recuerdo para así poder operar sobre el presente, ligada además a la lucha entre diversos discursos sobre el pasado, el presente y el futuro. (Serna, 2009 p. 29).

El tatuaje es encarnación de la memoria, pues permite volver a la vivencia propia y momentánea, expresada por medio de relatos, discursos y narrativas, esto se expresa por medio del lenguaje. Los tatuajes contienen experiencias, son parte de “lo que le ha pasado” a las personas. El tatuaje es resultado de ese recorrido que permite posiciones para y en el futuro, así el ser en su

narrar contiene su peso experiencial, componiendo al tatuaje como pintura del pasado, pero encarnado en el presente y proyectado hacia el futuro.

El cuerpo es un escenario donde se pueden plasmar resignificaciones del dolor del pasado, resignificaciones sobre la muerte de personas cercanas; encontramos también referencias al luto, así como nuevos sentidos al futuro. El cuerpo tatuado es un plano donde se plasman ideas, vivencias o experiencias, incluso desde los dolores y la muerte viva, convirtiendo al tatuaje en una pintura en carne de expresión. El cuerpo es el plano para designar plasmar lo “posible”, lo que puede ser en el futuro.

Las personas en medio del sentido situado y experiencial que le brindan a sus tatuajes remiten a entender que el tatuaje no sólo se inscribe en la piel, sino que es un escenario de organización del sentido emergente en la vivencia pasada. Con la “narrativa” de los participantes, encontramos que con el tatuaje se “busca darle forma al espacio y al tiempo, generar dispositivos de cohesión que le permiten hilar la acción (Crossley, 2000).” (Crossley citado por Martínez y Montenegro, 2014, p. 113). El cuerpo tatuado es narrativo, porque el tatuaje, donde entra la tinta, también comprende “tramas y dramas” con sentido sobre las “experiencias de los narradores” que se quieren inyectar. Y como lo explica Ángela Hernández sobre la terapia:

Asimismo, la secuencia propia de los dramas humanos, descrita por Turner como Ruptura, Crisis, Redireccionamiento y Reintegración, encarnaría bien el proceso vivido en la terapia, vista entonces como ese ritual que permite el pasaje de una situación de malestar e inadecuación con respecto a diversas ex-pectativas, a otra donde se vivirá sobre la base de nuevos patrones de relación con el entorno (Hernández, 2010, p. 94.).

El cuerpo es un plano terapéutico, ya que busca un “redireccionamiento” de esas enseñanzas o aprendizajes. Como lo explica Echeverría: “Aunque los individuos trasciendan lo

que está históricamente dado, aunque inventen nuevas posibilidades, aunque generen nuevas realidades históricas, y aunque se proyecten así mismos hacia el futuro, lo hacen como resultado de lo que les es históricamente posible.” (Echeverría, 1994 p. 37). Lo “históricamente posible” es un momento para la proyección de sí mismo hacia el futuro, como le pasó a Policarpa Torres con sus tatuajes y en su posición de tatuadora: “[...] lo único que a mí me mantiene, como el día a día es esto, porque me hace feliz, porque me hace sentir cómoda conmigo misma, me hace sentir como aceptada dentro de mí. [...]” (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 2). O como le sucedió a Fidel Salcedo cuando nos contaba “[...] Uno se ve sus tatuajes y se siente bien con uno, uno recuerda momentos, las circunstancias, es chévere y uno mejora y uno crece, [...]” (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; pág. 7). El tatuaje genera nuevas realidades ya que permite nuevas posiciones, pues la nueva realidad permite proyección hacia el futuro, siendo un momento para ser “mejor”, “crecer”, o sentirse “cómoda”. Estos son resultados de lo históricamente posible, pues el tatuaje, en el cuerpo tatuado, es el plano de ser y hacer algo posible.

Volviendo sobre el concepto de lo terapéutico, Estupiñán y González nos dicen: “la terapia psicológica es un contexto donde por medio del diálogo relacional, es posible que emerja la resignificación de experiencias específicas y la emergencia de realidades alternas a aquella en la cual un individuo se está centrando.” (Estupiñán y González, 2015, p. 69). El tatuaje es el momento que da emergencia a la “resignificación de experiencias específicas”. Esto se logra con la designación de sentido a una imagen en el cuerpo, convirtiendo el tatuaje en una forma de inscripción terapéutica. El cuerpo, es el escenario para que esas experiencias que generan nuevas posibilidades en el futuro surjan. El cuerpo brinda un sentido terapéutico con el tatuaje, convirtiéndolo en una herramienta para la capacidad de hacer y continuar con “nuevas realidades” o nuevas posiciones frente al futuro. Comprender el cuerpo tatuado es también saber que con el

tatuaje hay finalidad de un proyecto para sanar momentos difíciles, y que no por ser final es estático, sino que cumple la función de generar y emerger nuevos sentidos, ya que, como lo explica Estupiñán y González:

La psicoterapia, se convierte en el contexto donde se busca priorizar esos discursos alternativos, para fomentar la emergencia de nuevos sentidos y significados y a su vez nuevas formas de relacionarse, posicionarse y sentir ese contorno relacional en el cual el ser humano está inmerso. (Estupiñán y González, 2015, p. 71).

Los tatuajes promueven “recursos alternativos”, siendo el cuerpo tatuado un plano terapéutico, pues es el escenario que “fomenta la emergencia de nuevos sentidos y significados” en el futuro. El cuerpo hecho lienzo permite posicionarse en nuevos lugares, y aunque sea desde el pasado, convierte el tatuaje en una forma de terapia.

## **Capítulo 2: cuerpo tatuado: una herramienta de oposición al tabú**

Recuerdo el miedo que me generaba pensar qué dirían mis padres. El miedo fue desapareciendo poco a poco, ya que los tatuajes se fueron convirtiendo en un elemento cotidiano en mi familia. Mis primas mayores se empezaron a tatuar y a mostrar sus tatuajes teniendo más de los que tengo yo. Mis padres abandonaron la preocupación que tenían porque yo consiguiera un trabajo y por cómo me mirara mi familia extensa o sus colegas y empleados. Sin embargo, ese sentimiento no ha desaparecido del todo. Aún hoy en día, al tener más de 21 tatuajes y no mostrar ninguno, cada uno se ha transformado en reliquia del recuerdo, en noches de ansiedad, a veces no solo azota el dolor del tatuaje, sino la época en la que fue hecho; su controversia en mi casa, o la época de rebeldía en la cual me grabé esas “tres palabras” que ya no están en mi cuerpo.

Hay más recuerdos en mi vida asociados a mis tatuajes, como cuando las monjas me decían “subversivo” o “rey de las materias perdidas”. También recuerdos como cuando al quitarme los zapatos en la clase, la profesora de cuarto grado los pateaba humillándome. Decidí así desde muy pequeño ser el “subversivo”, el “idiota”, el “delincuente” o el “fracasado”. Está marcado en mi mente el futuro que me sugirió la madre superiora: “pedir monedas en la calle”. Así, con menos de 12 años lo decidí, pues con los prejuicios de mis familiares extensos, lo que se veía en la calle, lo que me decían los medios de comunicación, la transformación del cuerpo era un pecado de insurrectos que se explicaban con baja autoestima.

En este capítulo exploraremos sobre la percepción de los discursos de sufrimiento asociados a lo que los participantes denominan tabú alrededor del tatuaje. Las personas tatuadas

se comprenden como algo prohibido. Por lo tanto, este capítulo buscara explicar cómo las personas tatuadas construyen nociones de lo que es prohibido y los límites sociales.

Abordaremos justamente el tatuaje desde las perspectivas de la prohibición y del tabú. Veremos el cuerpo como un espacio de control familiar y escolar y al mismo tiempo como un lugar de liberación, de emancipación. Volveremos sobre la categoría de la rebeldía vista desde los ojos de los participantes en esta investigación y de su relación con los tatuajes.

## **I - Tabú: las concepciones culturales sobre lo prohibido**

### **1.1 Algunas aproximaciones al estudio del tabú desde la psicología y la antropología**

El tabú ha sido un fenómeno social abordado por diversas disciplinas para comprender la creación de límites y de prohibiciones a nivel colectivo e individual. Sigmund Freud, desde el psicoanálisis, en su libro “tótem y tabú” explica:

Las restricciones tabúes son algo muy distinto de las prohibiciones puramente morales o religiosas. No emanan de ningún mandamiento divino, sino que extraen de sí propias su autoridad. Se distinguen especialmente de las prohibiciones morales por no pertenecer a un sistema que considere necesarias en un sentido general las abstenciones y fundamente tal necesidad. Las prohibiciones tabúes carecen de todo fundamento. Su origen es desconocido. Incomprensibles para nosotros, parecen naturales a aquellos que viven bajo su imperio. (Freud, 1913, pág. 21).

El tabú, es una forma de restricción asociada a la moral del colectivo en donde se inscribe. Sin embargo, se diferencia de las prohibiciones morales, ya que las prohibiciones tabúes no tienen un origen conocido, pues parecen pertenecer al orden natural o normal para los que viven bajo esa forma de pensamiento, de acuerdo con lo propuesto por Freud. Más adelante, el autor añade:

La palabra tabú no designa en rigor más que las tres nociones siguientes: a) el carácter sagrado (o impuro) de personas u objetos. b) La naturaleza de la prohibición que de este carácter emana; y c) La santidad (o impurificación) resultante de la violación de la misma. Lo contrario de tabú es en polinesio *noa*; esto es, lo corriente, ordinario y común. (Freud, 1913, pág. 22).

El Tabú, según Sigmund Freud, está compuesto tanto por un carácter sagrado, como por el tipo de prohibición asociada a ese mismo carácter sagrado; y, la impureza de la violación de ese mismo código de pensamiento divino. Dentro de este sistema de pensamiento, se designa lo que no es normal, lo que no es *corriente, ordinario y común*. Aunque el tabú no nazca de las prohibiciones morales si es una contraposición al orden de la divinidad religiosa. Freud también Sugiere:

Pero las fuentes verdaderas del tabú deben ser buscadas más profundamente que en los intereses de las clases privilegiadas; «nacen en el lugar de origen de los instintos más primitivos y a la vez más duraderos del hombre; esto es, en el temor a la acción de fuerzas demoníacas». «No siendo, originariamente, sino una objetivación del temor al poder demoníaco que suponía oculto en el objeto tabú prohíbe el tabú irritar a dicha potencia y ordena apaciguar la cólera del demonio y evitar su venganza siempre que se ha llevado a cabo una violación, intencionada o no.» (Freud, 1913, pág. 26).

De esas formas imperantes de pensamiento, que van más allá de los intereses de las clases privilegiadas por dominar el temor frente a fuerzas demoniacas, se constituye el tabú como potencia para prevenir la cólera o venganza de un demonio. Esas prohibiciones cayeron sobre el individuo y se “mantuvieron luego de generación en generación, quizá únicamente por medio de la tradición transmitida por la autoridad paterna y social. Pero también puede suponerse que se

organizaron en una generación posterior, como una parte de propiedad psíquica heredada.” (1913., pág. 34).

Este miedo que hace de la prohibición un hecho tabú, por poseer “la facultad peligrosa de incitar a los demás a seguir su ejemplo. Resulta, pues, realmente contagioso, por cuanto dicho ejemplo impulsa a la imitación, y, por tanto, debe ser evitado a su vez.” (1913., pág. 35). Convirtiendo así al tabú no solo en algo que es transmitido, sino en un código que “trae consigo un peligro social y constituye un crimen que debe ser castigado o expiado por todos los miembros de la sociedad, si no quieren sufrir todas sus consecuencias.” (1913., pág. 36). El tabú es una codificación del miedo hecho prohibición en acción, para que los demás no hagan lo que puede traer temor o castigo al colectivo, pero además para que estos comportamientos no se multipliquen siendo controlados de forma social. Desde la perspectiva del tabú como código, Korstanje sugiere:

Todo tabú corresponde a una práctica codificada que establece un vocabulario de límites temporales y espaciales con el fin último de sopesar las amenazas percibidas por la sociedad (peligros). Todo traspaso al límite impuesto conlleva la idea de contaminación y sanción punitiva acorde al riesgo de haber quebrantado las fronteras del orden (Korstanje, 2003, pág. 180).

El tabú es una práctica que hace incluso del vocabulario una forma de controlar el miedo frente a los límites y amenazas de lo que es prohibido, construyendo distintas formas para mantener el orden social. Más adelante añade:

Douglas sugiere que la multiplicidad de peligros duplica la ansiedad y por tanto puede trazarse una línea entre el riesgo y el tabú. Básicamente, la selección sobre el impacto que suponen los peligros en cada grupo se encuentran sujetos a las convenciones simbólicas de cada uno. (Korstanje, 2003, pág. 180).



El peligro hecho miedo marca una diferencia entre el riesgo y el tabú. El tabú depende de las convenciones simbólicas o códigos de comportamiento, siendo variantes dependientes de creencia o cultura. Esto genera un tabú porque son anormalidades que no se esperan comúnmente. Sin embargo, “luego de una trasgresión (a un tabú previo) y la emergencia del peligro, es el ritual expiatorio aquel que devuelve al grupo la certeza en su sistema de clasificaciones.” (Korstanje, 2003, pág. 181), contemplamos que hay un control clasificatorio frente a los comportamientos prohibidos. También sugiere Korstanje: “Si bien cada especie obedece a diferentes motivos e interpretaciones sobre su aceptabilidad o rechazo, aquellos que rompen el límite impuesto por el signo son considerados tabú.” (Korstanje, 2003, Pág. 182). El tabú es además una violación o desacato a lo impuesto e imperante, o a lo normal dentro del signo, pero también es un signo de castigo o rechazo. El tabú se convierte en una forma de control desde lo imperante, es una forma “manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones” (Freud, 1913, pág. 21), a partir de formas de pensamientos o maneras de explicar el mundo. El tabú es relacionado con el tatuaje por ser una práctica poco conocida y poco aceptada en ciertos grupos culturales como los de los participantes en esta investigación, como lo veremos en el siguiente apartado.

## **1.2 El tatuaje como tabú: aproximación general (otras investigaciones sobre el tatuaje como tabú)**

Jonathan Carvajal Garzón en su trabajo de grado “El tatuaje como un espacio emblemático de las marcas” explica lo siguiente:

Hoy en día los tatuajes están inmersos en la sociedad y en las sub-culturas urbanas que se han dado a conocer a lo largo de los últimos años. Podría decir que se ha atribuido un nuevo significado a los tatuajes, en diferentes partes del mundo occidental los tatuajes se han hecho a conocer como

símbolo de rebeldía, de satanismo (aprovechando el alto poder religioso de algunas regiones), una especie de tabú, se genera un rechazo social, que bien puede ser que se genera por desconocimiento de este arte o de la percepción personal que conlleva realizarse un tatuaje. (Carvajal, 2014, pág. 59).

El autor relaciona el tatuaje con la rebeldía y el satanismo, presentando esta práctica como una especie de tabú por el desconocimiento que existe sobre el tatuaje en general. Es más, un choque de sentidos culturales que una situación de simple desinformación. Esto hace de la práctica del tatuaje y de tener tatuajes un síntoma de rechazo social relacionado con la religión ya que no es parte de sus prácticas hegemonizadas y aceptadas socialmente. Esto se relaciona con lo que Miguel Ángel Hernández explica en su texto “Entre lienzos humanos, tabúes y expresiones plásticas” diciendo que en “el tatuaje se enfoca la conceptualización del tabú como un elemento coercitivo en la práctica y difusión del tatuaje en la sociedad moderna” (Pág. 48). Se piensa el tatuaje como una práctica ligada a distintos conceptos sociales que restringen su difusión, es decir, transformándola en tabú. Además, se ha “visto como una forma de rebeldía utilizada por los jóvenes. Se lo ha catalogado como un tabú, por su carácter “sádico” (Medina, 2015, pág. 21), que posiblemente esté relacionado con la religión porque no es parte del cuerpo divino o pulcro que algunas religiones conciben.

Enrique Colón nos cuenta cómo es percibido el tatuaje por su familia: “El principal problema fue con mi familia, con mis abuelos y mis tíos que, son totalmente retrógrados y con un pensamiento sobre el tatuaje que es un tabú que es atentar sobre el cuerpo” (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 3). Colón comprende el tatuaje como tabú porque su familia ha hecho del tatuaje un problema, ya que él ha “atentado sobre el cuerpo” con una práctica *sádica*. También recalca: “Yo fui el que causé que mis primos se tatuaran, severo, lo estoy haciendo bien, porque

para mí el tatuaje no es un tabú ni es nada malo, es simplemente una forma de expresarse, es una forma de expresión, es arte” (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 4). Esta intervención nos devuelve a Freud, cuando nos dice sobre el tabú lo siguiente: “trae consigo un peligro social y constituye un crimen que debe ser castigado o expiado por todos los miembros de la sociedad, si no quieren sufrir todas sus consecuencias. (Freud, 1913, pág. 36). Enrique ha sido juzgado porque otros de sus familiares se han tatuado, y ya que sus familiares piensan que él es el que ha causado que sus primos se tatúen también es observado y castigado por ese “peligro social” que ha traído en su cuerpo al mundo familiar: un cuerpo tatuado, transformado entonces en cuerpo impuro.

De su narrativa emerge su conceptualización sobre el tatuaje, señalando que para él es una forma de expresión y arte. El tatuaje convertido en tabú a causa de un choque de concepciones sobre el cuerpo posiblemente corresponda a que Enrique Colón considere a sus familiares como “totalmente retrógrados”, adoptando una conceptualización sobre el tatuaje que no necesariamente es de ellos, sino apropiada por el aval de otras formas de pensamiento imperantes. Al respecto, Policarpa Torres comenta:

Una vez en uno de los locales en los que estaba trabajando atendí a unos clientes, como cualquier tatuador, va y atiende, ¿Cómo estás? y ¿Qué quieres? Normal, y ellos como: no, queremos hablar con el tatuador, y yo: “sí, dime” y ellos: ¿tú eres la tatuadora?, y ellos: “es que esperábamos un chico” y yo pues pensando que no puedo dar mi potencial ni mi exponencial como tatuadora solo porque soy chica o porque todavía es como un tabú, entonces uno acá como en este país lleno de libertades y todavía que alguien tan joven que alguien me mire como sorprendido por ser la tatuadora. ¿En qué mundo estamos? (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4).

Policarpa ha sentido que es tabú que una mujer tatúe. Esto sucede porque los clientes buscan a un tatuador hombre. Los clientes ejercen formas de poder sobre su vida, pues no la dejan expresarse como artista, según ella. Estas experiencias se relacionan con lo que explica Medina: el “tabú es un dispositivo de control impuesto por las sociedades premodernas, que nos condiciona a ser sumisos, a callar ante el dominio déspota de opresores de nuestra voluntad, que son vampiros psicológicos, pues se nutren de nuestras ilusiones” (Medina, 2015, pág. 44). El tabú es una forma de control sobre el cuerpo tatuado. El tipo de interacciones como la que vivió Policarpa son un claro ejemplo de cómo la percepción sobre lo marcado en el cuerpo puede convertirse en mecanismo para controlar los comportamientos, oprimiendo la voluntad individual. Por esta razón en el siguiente apartado presentaremos algunos ejemplos sobre la manera como el tatuaje y su visibilidad pueden generar diversas formas de control sobre el cuerpo.

## **II - Cuerpos marcados, cuerpos tachados**

### **2.1 Aproximaciones teóricas sobre el control sobre el cuerpo**

En relación con el tabú como dispositivo de control del cuerpo, para generar cuerpos sumisos, Martínez señala lo siguiente al hablar del trabajo de Foucault:

Cuando habla de los «cuerpos dóciles», señala que es dócil un cuerpo «que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado», poniendo el ejemplo del soldado de comienzos del siglo XVII, este autor desarrolla la «disciplina» como el arte de hacer obediente al cuerpo humano en las instituciones militares, médicas, escolares e industriales. (Martínez, 2004, pág. 132).

También añade:

Desde mediados del siglo XIX hasta el XX, Foucault se da cuenta de que este poder tan pesado no es tan indispensable como parecía, que las sociedades industriales pueden contentarse con un poder sobre el cuerpo mucho más relajado. Se descubre entonces que los controles sobre los cuerpos pueden atenuarse y adoptar otras formas. Nos encontramos, así, ante un nuevo tipo de dominación que no se adecúa a las formas de legitimidad acuñadas por Max Weber (tradicional, carismática y legal-racional), sino que se fundamenta sobre todo en una legitimidad de carácter técnico-científico [...]” (Martínez, 2004, p. 133).

Los cuerpos pueden controlarse desde formas legítimas, incluso desde el carácter científico y técnico. Sin embargo, se han creado formas “relajadas” de control corporal, que se pueden encontrar en ámbitos no necesariamente institucionalizados. Es decir que no solo se encuentran en “las instituciones militares, médicas, escolares o industriales”, sino en cualquier lugar donde se adopten las normas, o como lo explica Brena:

Los cuerpos son socialmente contruidos y transformados en cuerpos útiles para la perpetuación del orden social, como lo señala Turner (1989): el cuerpo es un objeto de poder, producido para ser controlado, identificado y reproducido. Para Nieves (1998) esto se logra a partir de los cuerpos “normales”, que se ajustan a las normas que rigen la conducta de las acciones de los cuerpos, dado que “el comportamiento corporal resulta de la incorporación de las normas (Picard, 1986: s.d.).” (Brena, s.f, p.248)

Los cuerpos son contruidos en ámbitos sociales, y no necesariamente en instituciones, aunque estos estén presentes en el orden social. Para perpetuar el orden social el cuerpo es convertido en una forma de producción y reproducción de la normalidad, direccionando conductas,

actitudes y acciones. Posiblemente estas acciones de control corporal y de acople a las normas estén en la cotidianidad. Esto se relaciona con una de las explicaciones de Velázquez:

La construcción de identidades es un modo de ejercer el control y la disciplina por parte de los sistemas dominantes (190) por lo que de acuerdo con ello se deduciría que la referencia de ser parte de un “nosotros” estaría generando un control estético que no es del todo diferente a los “otros”, dando con ello un sentido de pertenencia engañoso ya que el resultado sería un disciplinamiento corporal más que ejercer una libertad decorativa. (Velázquez, 2011, p. 153).

La identidad y su construcción se relacionan con una forma de control social ya que alimentan la reproducción y producción del disciplinamiento de los sistemas dominantes sobre el cuerpo. El ser es engañado ya que apropia formas de poder, generando recursos de control sobre los demás desde un engaño, desde lo que aprende a creer, convirtiendo la libertad decorativa en rechazo, forjando su sentido en el sistema dominante y en la identidad de las personas que lo producen. Esto en relación con el tatuaje, como también lo expone Brena:

Prácticas como el tatuaje no son legitimadas y por tanto no forman parte de la visión hegemónica de la sociedad. Entendiendo por hegemonía el ver el estado actual de las cosas como “naturales”, como “normales” a partir de una visión impuesta por una parte de la sociedad. Así, la configuración del sujeto debe ser entendida como una estrategia más para lograr el control de los individuos (Foucault, 1976:143). (Gramsci En: Anderson, 1987)” (Brena, s.f, p.248).

El tatuaje, no siendo legitimado en los sistemas dominantes o en la visión hegemónica dominante, conformado como algo que no es naturalizado o no es normal por ser una práctica hasta considerada como *sádica*, lejana de los órdenes de la disciplina, o a los órdenes normales de algunas formas de pensamiento, convierte al ser tatuado en un individuo controlado y enajenado

de lo que puede pensar libremente para construirse. Se trata de un control cotidiano en el cuerpo que es invisibilizado frente al otro. Esto se relaciona con lo que expresa Martínez:

Las prácticas y los saberes son promovidos por múltiples especialistas, como los estilistas, los médicos, los publicistas y los esteticistas, que han contribuido a crear o definir y legitimar los nuevos códigos éticos y estéticos de los usos sociales del cuerpo (Martínez, 2004, p. 131).

El ser se constituye desde distintas prácticas sociales, promovidas por distintos especialistas que invisibilizan códigos éticos y estéticos sobre el uso del cuerpo ya que son saberes hegemónicos, que no son puestos en duda. Esto lo vemos en la legitimación de lo que se debe hacer con el cuerpo, generando un rechazo al cuerpo tatuado. Siguiendo la misma línea de pensamiento:

Por esto en ese lugar, en el que es necesario ocultarse para poder ser tatuado, la valentía, la clandestinidad, lo prohibido, el riesgo, la complicidad y la reproducción de comportamientos y prácticas habituales juegan un papel importante dentro de la subcultura carcelaria que existe al margen de lo permitido, donde el tatuaje aparece como una expresión de otro código de valores que regula la vida de los presos [...] el tatuaje también puede ser entendido como código de adaptación y de resistencia.” (Álvarez y Sevilla, 2002, p. 3)

El tatuaje es parte del rechazo e incluso asociado a lo carcelario porque no es parte de las prácticas habituales. Sin embargo, es símbolo de adaptación y resistencia porque no corresponde con los códigos éticos y estéticos creados por lo hegemónico o institucional. El tatuaje es tabú por ser prohibido por lo que parece ser legítimo, es riesgo porque se toma la determinación de salirse del control corporal teniendo una imagen o código en carne viva, generando distintas opiniones

desde conceptos naturalizados por los estándares sociales. Esto se relaciona con lo que explica Velázquez:

El término de autodeterminación implica poder y libertad del individuo para elegir y usar su cuerpo como un elemento más de la cultura y no como un sentirse parte de una alineación, consecuentemente diríamos que los que no ejercemos este sentido de libertad somos finalmente parte de la alineación de una estética homogenizada” (Velázquez, 2011, p. 73).

Auto determinarse, saliéndose del control corporal permite no sentirse parte de la alineación de lo normal. Ese sentido de libertad se ve coaccionado por los demás que son los que prohíben y controlan el uso libre del cuerpo. Las siguientes son experiencias de este mismo control y sus herramientas o formas de adaptación, que desde el tatuaje como tabú emergen para generar normalidad basada en la prohibición.

## **2.2 Taxonomía de prohibiciones en el mundo de los participantes**

Jaime Díaz nos cuenta sobre una de sus experiencias con sus tatuajes:

Mi papá piensa que es una porquería, él es de otro tipo de cultura, él es de origen campesino entonces le parece que lo que me hago .... Es como muy loco para él, casi todo lo que hago para él es muy loco como todos los papás (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 4).

El papá de Jaime dice que el tatuaje es una *porquería* y que es de *locos* porque es parte de lo diferente y extraño. Para él es prohibido. Esa prohibición consiste en que solo las “personas locas” se modificarían el cuerpo, como posiblemente no tiene cordura o no están en el ámbito de lo normal desde el plano mental, el tatuaje entonces termina siendo una *porquería*. Esos dos calificativos están relacionados al binomio *tatuaje/suciedad*, como lo sugiere Pérez:



La asociación entre tatuaje y suciedad puede ser vista entonces como una forma social de reacción frente a una situación considerada peligrosa, provocadora de desorden y generadora de un tipo de “anormalidad”. Pero ¿cuál es ese orden o normalidad que el tatuaje transgrede? La “normalidad” del cuerpo al modificarse viola su estado “natural” (Falk citado por Pérez, 2009, p. 76).

El tatuaje es una forma peligrosa de comportamiento ya que está relacionado con lo sucio, lo puerco o la porquería. Estas formas generan desorden y forman focos de anormalidad porque no son parte de lo natural del cuerpo, de eso que no es necesario o puede ser desechado porque no tiene razón alguna. Lo irracional es lo sucio. Esta experiencia se relaciona con la de Emiliano Villa:

Incluso en mi familia, mis tíos cuando me ven que tengo aretes, que tengo el tatuaje, piensan que soy marica y yo.... Pues me confronto a ellos .... trato de ser más radical, trato de ser más radical y pues, confronto diciéndoles que soy marica y estoy lleno de tatuajes y.... si piensan que soy un vagabundo pues soy medio vagabundo pues... cuál es el problema con eso, entonces al enfrentarlo más ellos tratan de asimilar la idea de que pues, la gravedad que ellos sentían hace muchos años hoy por hoy es más leve, tal vez. (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pág. 2).

El tatuaje también es asociado con los *vagabundos* y los *homosexuales*. Hay una relación casi de causalidad, lineal, entre el hecho de tener marcado el cuerpo y la orientación sexual o una concepción puritana del trabajo. El tatuaje se convierte en prohibición ya que es asociado a cosas que el ser no debe hacer desde los conceptos de sus familiares. Leila Guevara nos cuenta sobre lo que le sucedió en su casa cuando empezó a tatuarse y vestirse diferente:

Cuando yo me pintaba las uñas de negro mi mamá era: “no usted parece con uñas de fufurufa” o cuando uno se las pintaba de rojo porque estaba de moda el francés “no usted parece una puta y blablablá” y ahorita ya todas se pintan las uñas de negro. Como que los noventas evolucionaron mucho eso, la ropa, el maquillaje pesado oscuro, todo eso era de las mujeres de la calle, ya ahora sí todo está de moda. Ahora no, ahora es algo más común, las minifaldas los ligueros, todo eso era

diferente. [...] lo que te digo, ahorita es moda, pero antes sí, uno era que uno decidía que me voy a tatuar y uno sí lo pensaba resto y ahorra resto, buscaba un sitio bueno de tatuajes que en esa época no era tan bueno. Yo me tatué hace diez años, hace diez años fue mi primer tatuaje (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 3).

El rechazo frente a ciertos códigos estéticos por parte de su mamá es parte de su experiencia como persona tatuada. Esta relación de lo prohibido en el cuerpo es asociada con la prostitución, las mujeres de la calle o con “fufurufas”. De nuevo, así como con la homosexualidad, las percepciones sobre el comportamiento sexual cargadas de concepciones peyorativas se asocian con el hecho de marcar el cuerpo. Para Leila ahora el tatuaje también es una moda, sin embargo, es una moda naciente desde el disciplinamiento del cuerpo como lo hacía su mamá, no solo con el tatuaje, sino con distintas formas de verse que ahora parecen ser normales. Ahora el tatuaje puede que sea un proceso ritualizado, común o normal, como lo es para una persona que conoció Enrique Colón, ya que nos cuenta en una de sus experiencias con su tatuaje:

Es como la vieja que yo te dije ahorita, entonces porque a la vieja no le gustan los tatuajes yo me mando quitar ese tatuaje entonces con cirugía láser, no.... Yo me voy a dejar ese tatuaje y me voy a hacer más tatuajes, si a ella no le gustó cómo soy yo, ella no tiene que estar conmigo, y que consiga su tipo para que esté con ella (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 8).

Enrique explica cómo una potencial relación amorosa terminó siendo frustrada debido al tatuaje que él tenía en su cuerpo. Enrique Colón es alguien *prohibido* para ella ya que tiene un tatuaje, enfrentándose a una situación en la que su cuerpo y, en particular sus tatuajes definen sus relaciones sociales. El tatuaje no solo es prohibido porque es de locos, vagabundos o prostitutas, sino que es prohibido “meterse” con alguien tatuado. Aunque él no nos cuenta qué dice esa persona, lo que sí expresa es que de parte de ella hubo un rechazo, ya que ella no gusta de los

tatuajes, marcando una diferencia entre las personas con tatuajes y sin tatuajes, ya que ella debería estar con alguien “de su tipo”, alguien *normal*. El tatuaje se convierte en un símbolo para pensar la discriminación social.

El cuerpo tatuado “es un objeto de poder”, “controlado” por los demás con el rechazo. El tatuaje es entonces un lugar en el que se disputa la normalización, ya que sugiere comportamientos que son rechazados, aceptando a cuerpos normales que han incorporado las normas, o discriminando a los que no lo han hecho o han incorporado en el cuerpo lo prohibido. Tanto así, que incluso Enrique siendo una persona tatuada ha clasificado personas de distintos tipos, entre los tatuados y los no tatuados, entre los normales y los anormales. Esto se relaciona con una de las experiencias de Fidel Salcedo sobre el tatuaje:

Aquí se relaciona más con el ñero, gamín, marihuanero, porque aquí nunca se identificó el tatuaje con pandillas como pasó con los Maras o como pasó con Estados Unidos...es más simplemente como...además de los diseños, no, dejémonos de vainas, o sea tatuarse un Tasmania con tinta china que se vuelve una mancha después y se ve todo gris, eso sí obviamente [sic] eso parece de cárcel entonces...se ve feo, estéticamente se ve feo y yo no culpo a un papá que haya crecido viendo ese tipo de tatuajes y para él la conciencia que él tiene del tatuaje es esa...una esvástica en una mano, o sea, obvio, si yo hubiera crecido en esa época tal vez no me hubieran gustado los tatuajes, pero cuando ya estamos en este entonces, en donde ya estamos haciendo mejores cosas, mucho más profesionales, mucho más tecnológicas, que da la posibilidad al artista de ir mucho más allá de lo que se veía, y que ahorita se está viendo una transformación muy grande en cuanto eso, tanto así que mi mamá ya me pidió uno...eso es lo que se refleja, así es como vamos acá. (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; pág. 4).

Él explica que el tatuaje es relacionado “con el ñero, gamín” y “marihuanero”. Esto sucede porque su papá ha visto una práctica precaria en el tatuaje: tatuajes que parecen de cárcel. Por eso

Fidel no culpa a su padre por relacionarlo con el ñero, el gamín y el marihuanero. Estas asociaciones hacen referencia a lo que es prohibido porque son actitudes de vida que él asocia a lo que está mal.

Existe una percepción construida que clasifica los tatuajes entre “feos” y “bonitos”, estos tatuajes “precarios” o “feos” no generan una buena imagen del tatuaje. Es decir que el tatuaje no solo es una asociación con formas de vida prohibidas, sino que es también lo prohibido porque es “estéticamente” “feo”. Lo feo, aunque también se relaciona con formas prohibidas de vida, también es lo prohibido en el cuerpo, ya que Fidel señala que, si hubiera visto tatuajes así, seguramente no se hubiera convertido en tatuador. Las asociaciones del tatuaje con lo prohibido en el ser o actitudes prohibidas, no solo le suceden a Leila Guevara o a Fidel Salcedo, sino que, como lo comenta Vilma Castro:

Lo primero que me recuerda mi vida respecto al tatuaje es que a mis papás no les gustaban los tatuajes, decían que eso era como de, persona de la cárcel, o prostituta o algo así, o sea, les parecía terrible....Yo nunca, nunca tuve la tendencia a pensar lo que piensan los papás, como a seguir la opinión de los papás, pero en ese caso como que nunca forjé eso, ni me parecen terribles los tatuajes, nunca sentí eso, que mis papás me lo hubieran contagiado a mí. Menos mal, y ahora se nota, pero ese fue el primer, como calificativo que tuve alrededor de los tatuajes (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 1).

El primer calificativo que escucha Vilma Castro sobre el tatuaje es que es de personas de la cárcel, o prostitutas. El tatuaje para los padres de ella, así como para Leila Guevara es relacionado nuevamente con el rechazo a conductas que no están bien vistas en la sociedad. Para sus padres, el cuerpo tatuado es la representación del rechazo mismo, de lo que es malo, de lo que

es tabú, de lo distinto, de lo lejano, de lo que es terrible, de lo prohibido. Esto se relaciona con lo que explica Brena sobre la visión hegemónica de la sociedad sobre el cuerpo:

Prácticas como el tatuaje no son legitimadas y por tanto no forman parte de la visión hegemónica de la sociedad. Entendiendo por hegemonía el ver el estado actual de las cosas como “naturales”, como “normales” a partir de una visión impuesta por una parte de la sociedad. Así, la configuración del sujeto debe ser entendida como una estrategia más para lograr el control de los individuos “... anatomía política del detalle” (Foucault, 1976:143). (Gramsci En: Anderson, 1987). (Brena, s.f, p.248).

El tatuaje como práctica no es legitimado por la sociedad, ya que no es una práctica “natural” o “normal”. Lo “terrible” del tatuaje emerge distintas formas de lo prohibido. El vagabundo, gamín o la prostitución son síntomas delo considerado tabú hegemónico, configurando las personas desde estrategias de control en el cuerpo. A continuación, veremos distintas formas de elaboraciones de estos controles hechas resistencias en el cuerpo.

### **III Puntos de fuga: los cuerpos tatuados**

#### **3.1 Taxonomía de estrategias de resistencia de los participantes**

Leila Guevara nos explica su experiencia cuando llegó con su tatuaje a su casa:

No, no, no yo llegué con él y de malas, yo no pedí permiso. Yo llegué con el tatuaje hecho, (referenciando a su madre) “ay china hijuemichica, se quita ya eso” y yo pues: “si me vas a pagar la operación” y ella: “ay china verrionda” y pues ya, y ya. Después el segundo, el tercero, el cuarto y pues (referenciando a su madre) “ya por favor no más” jajaja. Mi papá no dijo nada. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 4).

Leila Guevara llegó con su tatuaje y “de malas”, tampoco pide “permiso”, además, con el tiempo se hizo más tatuajes. Esta es una forma de resistencia que consiste en hacerse más tatuajes y desafiar la autoridad de su madre, ya que no está de acuerdo con el control que genera en su cuerpo y autonomía. La multiplicidad de tatuajes, la pluralidad visible de tatuajes es entonces una manera de resistir a esa concepción tabú del tatuaje. Esta experiencia es parte de cómo el cuerpo se convierte en un tejido de lucha de poderes frente al cuerpo, ya que, como lo explica Cortez:

El cuerpo no se nos presentará entonces como un simple dato elemental al cual vendrían a adherirse una serie de modalidades explicables por la cultura, la religión, la ética u otras; se dirá entonces que es en el proceso mismo de la experiencia donde se precisa la relación que une al sujeto con su propio cuerpo y donde se definen ambos extremos de esa relación (Cortez, 1991, p. 1).

En el rechazo al tatuaje se da una lucha de poderes que son sentidos y formas de explicar la transformación corporal. De este rechazo y lucha de poderes emergen formas de resistencia, convirtiendo el tatuaje en un plano donde los sentidos y creencias son formas de ejercer poder para la búsqueda de una “estética normal” del cuerpo. Los participantes generan distintas formas de luchar contra ese poder, generando formas de resistencias como Vilma Castro nos cuenta desde su experiencia:

De algún modo vos teniendo un tatuaje o el pelo de tal forma, o de tener perfos, tener cierta estética te determina en un, a mí la gente me ve y me dice, a usted es patineta, o usted es alternativa, eso sí que me lo dicen, ay usted es alterna. Estos días me lo dijo un señor en un taxi, ay usted es alternativa, y le dije a él: “explíqueme usted que es ser alterno”. “No, sí, que le gusta la música de rock”. Entonces, básicamente los tatuajes son para mí una forma de decir que no quiero que esperen de mí lo que esperan de todo el mundo porque no. ¿Si me entiendes? Pero también es una forma de decir el hecho de que yo tenga un tatuaje no me define como persona, de algún modo yo estoy haciéndolo definir que no esperen de todo el mundo, me estoy enmarcando, de todas formas. Entonces uno

siempre termina con etiquetas encima de todo. Siempre, siempre, hay etiquetas y yo lucho como por el tema de salirme de la etiqueta, pero soy una alterna para el señor del taxi. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 7).

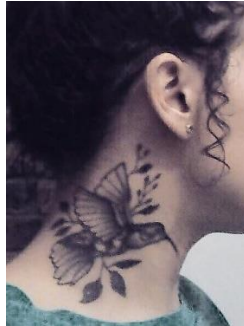


Imagen 9. Tatuaje “Del cuello”. Foto de Vilma Castro.

Con su tatuaje en el cuello, Vilma busca decir “no quiero que esperen de mi lo que esperan de todo el mundo porque no”, sin embargo, como bien lo dice también, “siempre, siempre hay etiquetas [...] soy una alterna para el señor del taxi”. Esa definición de su cuerpo tatuado, desde la conceptualización de lo que sería ser “alterna”, nos muestra cómo aún con los tatuajes se “normaliza” lo diferente, se etiqueta, en este caso, justamente, como lo “alternativo”. Así, los procesos de normalización como los que señala Vilma terminan logrando la integración de la persona tatuada a lo que es “anormal” o al opuesto necesario de la “normalidad”, o por lo menos una “alternativa”. Para Vilma la forma de resistencia es encontrar un lugar alternativo a la normalidad de las etiquetas. El tatuaje para ella se convierte en una alternativa y resistencia frente al control del cuerpo y la normatividad impuesta. Walder señala lo siguiente al respecto:

Sobre el cuerpo recae nuestra identidad como seres sociales, su trascendencia (que es simple inmanencia) y posibilidades de liberación. Liberando el cuerpo podemos liberar al sujeto, y ésta no es una emancipación ni social ni metafísica, sino sexual, gestual, del habla. (Walder, 2004, p. 7).

Para el señor del taxi ella es una “alterna”, su tatuaje la identifica. Sin embargo, la “liberación” que busca Vilma Castro a través de lo que muestra su cuerpo, está en la “emancipación” de las “etiquetas” de “normalización”, y aunque “uno siempre termina con etiquetas” o como lo explica Aguiluz: “[...] ningún cuerpo puede escapar a la inscripción de la cultura o a sus significaciones generizadas” (Bordo citado por Aguiluz, 2004, p. 4); ella es consciente de que se está “enmarcando” o “generizando”, pero aun así, convierte al tatuaje en un lugar de reflexión, sobre ella y sobre lo que dice la sociedad en esos estándares de “normalización”. El tatuaje se convierte en el lugar de “la incorporación de las normas” pero también de buscar la alternativa o lo diferente a esas normas. También es una forma de identidad para afrontar el mundo. “El señor del taxi” construye estrategias narrativas para darle un lugar a Vilma en su cosmovisión cultural, las personas tatuadas también crean tácticas que permitan soportar algunos de los rechazos que terminan por volverse cotidianos, pero constituyen una narrativa identitaria sobre ellos mismos para resistir lo que le adjudican los demás. Leila Guevara comenta lo siguiente:

Yo que soy madre de familia a mí la gente en la calle me mira mal, como; “huy esta vieja tatuada y con hija” dios mío, y se echan la bendición, pero pues nada, como que a uno ya le empieza a valer culo, ya es como parte de la personalidad de que a uno no le importa el qué dirán, y esas cosas, pues no es tan marcado la importancia del que dirán (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 2).

Ella ha sentido el rechazo de esas “estéticas” y “normatividades” en el cuerpo tatuado. Ella ha decidido que no tiene por qué importarle, incluso “le vale culo”. El tatuaje permite encontrar



formas de personalidad y de resistencias. Estas también son formas de oposición al tabú. Jaime Díaz, en una de sus experiencias nos cuenta:

El man tatuaba con aguja y con.... Tinta china, pues.... Era como una vaina como.... Como antihigiénica la vaina y doloroso, pero en sí en esa época la gente se tatuaba, o yo me acuerdo que se tatuaban y él se tatuaba porque era como.... Como una expresión de rebeldía, yo creo que hay muchas cosas que son.... Inconformes. (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 4)

Jaime, la primera vez que vio el tatuaje fue en el colegio, allá los tatuajes se hacían con aguja y tinta china. Él lo cataloga como antihigiénico ya que no tenían los elementos necesarios para hacer un buen tatuaje. Estos tatuajes hechos en el colegio eran una expresión de rebeldía ya que no solo se salían de los órdenes estéticos que seguramente el disciplinamiento del colegio exigía, sino que se salen de los órdenes de salubridad que un tatuaje requiere. Es decir que es una técnica que produce rebeldía como una forma de resistencia, alterando el cuerpo dentro de la institución educativa, generando un desequilibrio en el orden normal de las cosas por la inconformidad existente. Jaime Díaz también nos cuenta:

La ilustración de la pierna sale de un diseño mío que hice como.... Como en el 2010 entonces le dije a mi amigo que me quería hacer algo mío, entonces es un diablo y me gusta como el significado de los diablos, como símbolo de rebeldía, como símbolo de los carnavales de Latinoamérica, como símbolo de.... Anticristiano también... (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 2).



Imagen 10. Tatuaje “diablo latinoamericano”. Foto de Jaime Díaz

Jaime hizo un diseño de un diablo que se tatuó en una pierna, que asocia con la rebeldía, los carnavales latinos y lo Anticristiano, pero además no es solo eso, sino que su diablo se sale de los estándares de diablos conocidos en imágenes, haciendo no solo una contraposición al cristianismo, sino a la estética conocida que se ha creado del diablo. Él ha hecho una reelaboración de la imagen estándar conocida. Su diseño y tatuaje en carne viva no es solo rebeldía por hacerse una práctica tabú, sino que también es rebeldía hacia la estética conocida. Esto se relaciona con lo que expone Pérez:

Alterar el cuerpo es generar un desequilibrio en el orden de las cosas, que en Occidente continuó regido por el pensamiento religioso de origen judeo-cristiano y en el que toda modificación corporal se concibe como una profanación del cuerpo y de la imagen de Dios. (Falk citado por Pérez, 2009, p. 76).

Jaime altera su cuerpo generando un desequilibrio en lo que posiblemente le enseñaron o vivió en su colegio y familia, por eso relaciona el tatuaje con una forma de rebeldía. Él se hace un tatuaje de un Diablo, simbolizando la contraposición del dios judeo-cristiano. Al asociarlo con lo anticristiano, se unen dos formas de desequilibrio, una alterando el cuerpo, siendo una práctica prohibida ya que se concibe como una profanación del cuerpo y la imagen del dios cristiano, y otra, alterando su cuerpo con una imagen en contra de esas creencias. Retomando una de las experiencias de Emiliano Villa:

Más que mediar es cómo enfrentar, es poner mi opinión por encima de lo que ellos piensan y que ellos afronten, afronten que yo decidí hacerme el tatuaje sin... y esperar que no me regañen o bueno que me regañen, pero ya hay en mi cuerpo algo que es irreversible entonces.... Como es irreversible ya no pueden hacer nada. (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pág. 2).

Emiliano enfrenta a su familia cuando se hace su tatuaje. Él quiere que ellos afronten su decisión, pero, además, quiere que afronten una decisión irreversible. Emiliano comprende que al haber decidido inyectar tinta en su piel va a tener algo para toda su vida, eso que él llama irreversible se convierte en una forma de oposición al tabú y resistencia, ya que los conceptos de su familia se han tenido que ver conflictuados. Su tatuaje, siendo irreversible, se convierte en una forma de “enfrentarse” al tiempo y a la familia. También Emiliano Villa nos cuenta:

Escogí el brazo porque.... Es una zona en la que.... Pues primero no me lo van a ver siempre mis papás, entonces me colocho una camisa y porque el tatuador me dijo que era un.... Que era un buen lugar que, o sea, que el dolor no era tan denso y que esa era una zona que se puede ver muy bien, además de que él decía que es una extensión del cuerpo y que se veían bien los tatuajes, si yo quería que lo viera. (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pág. 2)



Imagen 11. Tatuaje “Animales”. Foto de Emiliano Villa

Emiliano Villa decide hacerse su tatuaje en una zona en la que no “lo van a hacer siempre”, Pero, cuando el tatuador le dice que es una “extensión del cuerpo” donde, se ven “bien los tatuajes”, el decide hacérselo, aunque a su familia le parezca el tatuaje como una forma de rebeldía sin causa, o de vagabundo. Él lucha y se resiste frente a esos conceptos de control corporal que ejerce su familia en él. Emiliano Villa logra, por lo menos, hacer emerger esas formas de normalización que existen en su familia y ponerlas en duda. El tatuaje de Emiliano es una forma rebelde que causó

un afrontamiento a la normalidad en su familia, y ya que ahora que alguien cercano tiene un tatuaje, saben que no necesariamente es un marica o un vagabundo. El tatuaje es una forma de resistencia rebelde con causa. Él también nos cuenta:

De hecho, incluso el tatuaje marca un estilo de vida para ellos y pues las perforaciones también, es como.... El rebelde sin causa, la oveja negra sin futuro.... La necesidad de sobresalir por algo....

Me gustaría pensar que no es eso, sino que simplemente es una actitud que tengo con el mundo y es.... Es eso, es una actitud que tengo con el mundo (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pag2)

Para su familia, el tatuaje “marca un estilo de vida”, relacionado con la “rebeldía”. Sin embargo, para Emiliano es una cuestión de actitud, es una forma de resistencia frente a sus pensamientos hechos controles corporales. Las modificaciones corporales son una actitud para él, son parte de su personalidad. Él también añade:

Yo veo homofobia, veo el paradigma de lo diferente, también veo cosas muy buenas, pues que ellos creen que la responsabilidad está en lo corporal entonces el hombre de corbata de.... Traje, es un estereotipo que tiene marcada nuestra generación familiar porque tuvieron que comer mucha mierda (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pág. 2).

Él explica la actitud de sus familiares por medio del paradigma de lo diferente, eso que es diferente, como los homosexuales no tienen la misma asociación con la responsabilidad de vida que tiene una persona de traje, un estereotipo de la responsabilidad. Esta experiencia es similar a la de Leila Guevara:

Yo que soy madre de familia a mí la gente en la calle me mira mal, como; “huy esta vieja tatuada y con hija” dios mío, y se echan la bendición, pero pues nada, como que a uno ya le empieza a valer culo, ya es como parte de la personalidad de que a uno no le importa el qué dirán, y esas cosas, pues no es tan marcado la importancia del que dirán. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 2).



Imagen 12. Tatuaaje “Catrina” Foto de Leila Guevara.

Varios de los tatuajes de Leila son visibles, causando que a ella en la calle la miran “mal” o que se “echen la bendición” cuando la miran. El tatuaje siendo visible es una primera forma de resistencia a lo prohibido, a lo que es tabú en la normalidad del cuerpo, ya que es “madre de familia”, eso suscita en los demás comentarios como: “huy esa vieja tatuada y con hija”. El tatuaje logra reacciones despectivas en los demás, ya que no hay una concordancia en la normalidad del cuerpo que una madre debería tener, ya que posiblemente no es asociado con la responsabilidad, ejerciendo control corporal con los distintos comentarios que le hacen en la calle. Ella se resiste a ese tabú que tienen los demás armando su “personalidad”, logrando que le “valgan culo” esos comentarios. También añade:



Imagen 13. Tatuaje “Lealtad”. Foto de Leila Guevara-

Yo amo los tatuajes y siento que es lo mejor que pudo haber sido en mi vida y que mucha gente me diga: “ay, la cagó tatuándose las manos” me parece severo y en cuanto a mi hija le parezco que soy lo más normal de la vida porque me ve todos los días, o su mamá está tatuada o perforada con el pelo pintado y no se le hace extraño o de otro mundo, o como lo miran los niños de la calle, hace parte ya de como de identidad como ser humano. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 2).

Para su hija es totalmente normal. Esos comentarios callejeros o las miradas de los niños de la calle hacen parte de su identidad, normalizando esos controles que los demás quieren ejercen por medio de la mirada en su cuerpo. La identidad y personalidad forjadas por medio de un acto como marcar el cuerpo son una forma de resistencia ya que permite a la persona tatuada normalizar el tabú, convirtiendo esta prohibición en una resistencia cotidiana, algo parte del ser que permite codificar el otro en un lugar que no incide, que no ejerce, pero que molesta a los demás por su rebeldía. También su hija la ve como normal, mostrándonos que el tabú sobre el cuerpo tatuado posiblemente es algo enseñado como lo diferente, como lo peligroso. Teniendo a su madre como

*sabedora* del tatuaje en la cotidianidad bogotana le permite a su hija transformar esas concepciones de control sobre el cuerpo. Leila También relaciona el tatuaje con el amor:

Por amor, cada vez que, no sé, eso es también como amor al dolor, cada vez que me iba haciendo uno, ya iba pensando en el siguiente, y los siguientes otros tres tatuajes, y en cómo ahorrar y como me podía hacer más y más tatuajes. Pues es una forma de expresarse y marcar la personalidad, y es un estilo de vida diferente al normal y pues, es un estilo de vida que ya se acoge y pues ya, no va hacerlo lo mismo muchas cosas, conseguir empleo, muchas cosas ya dejan de ser igual como a las demás personas. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 1).

El amor es una forma de resistencia contra el control corporal. El tatuaje le ha permitido marcar su personalidad con un estilo de vida distinto a lo normal. Marcar la personalidad con el tatuaje y su posición frente a los demás es parte del amor porque por amor se sigue haciendo tatuajes aun sabiendo lo que le espera socialmente. El amor es una forma de resistencia, comprendiendo que ahora ama el estilo de vida del ser tatuado, ya que ella no quiere una vida normal. El amor al tatuaje es una forma de resistencia por medio del dolor corporal. El tatuaje se transforma en resistencia con amor al dolor en carne. Esta experiencia se relaciona con la vivencia de Fidel Salcedo en su búsqueda de ser tatuador:

Para comprar el primer kit de tatuaje fue complejo porque pues.... Mi familia no me iba a apoyar con eso porque eso siempre ha tenido el estigma de ser de gamines... de ñeros de marihuaneros, de todo eso.... Y entonces me tocó fue irme una temporada a san Andresito de San José a vender ropa, lo que hice allá ni siquiera me lo gasté en un almuerzo ni nada, todo lo reuní para comprar mi primer kit. (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; pág. 1).

Él quería ser tatuador a pesar del estigma que ha tenido el tatuaje. Él se resiste a las asociaciones que se le ha dado, como la relación que se hace a los gamines y marihuaneros. Él se

resiste personificando y profesionalizando lo que es prohibido, lo que es el tatuaje y su anormalidad en el cuerpo. Él se resiste buscando ser tatuador. Considerar la profesionalización del acto de hacer tatuajes, es una forma de resistir y de transformar al tabú. Ser tatuador *profesional*, es jugar el juego de la concepción puritana del trabajo al insertar a lo prohibido dentro de la lógica de lo aceptado. Además, Jaime Díaz también expone:

Mis parceros y la gente con la que ando pues toda esta en la misma vaina, toda gente joven que le gusta la vaina diferente, que le gusta el arte, que le gusta el tatuaje, que le gusta el rock, que le gusta la cultura el rap o lo que sea, entonces como que obviamente recibo como un apoyo de tatúese más, o lo tatúo gratis o le cambio un tatuaje por alguna vaina. En mi grupo social es muy aceptado el tatuaje, es una vaina normal. (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 5).

Jaime encuentra apoyo para que se siga tatuando, este apoyo se lo dan sus amigos y allegados. Encontramos que la resistencia no solo es individual, sino que es colectiva. El apoyo para que él se siga tatuando es un foco de resistencia, en el cual a la gente que le gusta lo diferente, construye distintos mecanismos de apoyo, como intercambiar camisetas por tatuajes, hacer tatuajes gratis o simplemente apoyar al otro. El tatuaje se convierte en una forma normalizada de unión donde los otros también diferentes y resistentes al control corporal ayudan al otro.

Esta experiencia es similar a una experiencia propia, alguna vez visité a un amigo tatuador hace varios años. Él y yo estábamos hablando con otros tatuadores y sobre los lugares que no habían tatuado, mi amigo expresó que jamás había tatuado el interior del labio inferior de la boca. Ese día él decidió solo cobrarme la mitad de los insumos y elementos necesarios para que yo me tatuara en ese lugar.





Imagen 14. Tatuaje “Puedo”. Foto personal-

El tatuaje no es una forma de resistencia en el cuerpo, sino que también es una forma de resistencia como práctica, pues recordando una de las intervenciones de Fidel Salcedo:

Aquí se relaciona más con el ñero, gamín, marihuanero, porque aquí nunca se identificó el tatuaje con pandillas como pasó con los Maras o como pasó con Estados Unidos...es más simplemente como...además de los diseños, no, dejémonos de vainas, o sea tatuarse un Tasmania con tinta china que se vuelve una mancha después y se ve todo gris, eso sí obviamente [sic] eso parece de cárcel entonces...se ve feo, estéticamente se ve feo y yo no culpo a un papá que haya crecido viendo ese tipo de tatuajes y para él la conciencia que él tiene del tatuaje es esa...una esvástica en una mano, o sea, obvio, si yo hubiera crecido en esa época tal vez no me hubieran gustado los tatuajes, pero cuando ya estamos en este entonces en donde ya estamos haciendo mejores cosas, mucho más profesionales, mucho más tecnológicas, que da la posibilidad al artista de ir mucho más allá de lo que se veía, y que ahorita se está viendo una transformación muy grande en cuanto así, tanto así que mi mamá ya me pidió uno...eso es lo que se refleja, así es como vamos acá... [...]” (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016;pag 4).

Se describe una práctica nueva, una práctica que da la posibilidad del artista de ir más allá del tatuaje precario con tinta china y agujas. Esta evolución del tatuaje fue propiciada por O'Reilly, que “modificó el diseño de Edison y, lo adaptó para que funcionara como una máquina eléctrica propicia para realizar (Roe, 2002, citado en Romero Patiño, 2009). La tecnificación del tatuaje es

una forma de resistencia que permite al tatuador hacer mejores diseños, profesionalizando la práctica prohibida que ahora permite hacer mejores cosas, no como el tatuaje del Tasmania que se ve estéticamente feo, es decir, volviendo al tatuaje bonito o estéticamente mejor. Además, recordando una de las intervenciones de Emiliano villa: “Escogí el brazo porque.... [...] se puede ver muy bien, además de que él decía que es una extensión del cuerpo y que se veían bien los tatuajes, si yo quería que lo viera.” (Entrevista a Emiliano Villa, abril, 2016; pág. 2). Volver al tatuaje un símbolo de lo aceptado estéticamente es una forma de resistencia porque ya no parece una mancha negra con el tiempo, es aceptado por su belleza artística, alejándose de esas asociaciones al tatuaje precario que a su vez genera otro tipo de asociaciones, como al vagabundo ñero y gamín.

Como lo explica Bauman: “el anhelo de libertad individual de autocreación y el deseo igualmente fuerte de seguridad que sólo el sello de la aprobación social, contrafirmado por una comunidad (o comunidades) de referencia, puede ofrecer.” (Bauman, 2008, p. 103). El cuerpo tatuado es un plano de autocreación, de “deseo”, de unión social. El tatuaje es una forma de “resistencia”, donde las necesidades de “seguridad” que emergen del tatuaje son por parte de la autocreación, que “contrafirmado por una comunidad” o relacionado con la “rebeldía” es una forma de “resistencia” a la normalidad, donde existen formas de oposición al tatuaje tabú.

### **Capítulo 3: Tatuaje: herramienta de producción de género y amistad.**

Ahora, después de 7 años de mi primer tatuaje, recuerdo el momento cuando finalmente lo tuve en carne viva. Decidí hacérmelo en una convención de tatuajes en un lugar de eventos en Bogotá. Elegí el tatuador al azar y según su disponibilidad. Casi todos eran hombres y yo no fui incisivo en ver sus diseños o sus anteriores trabajos. En ese momento era más importante saber cuánto cobraba ya que tenía poco dinero. Recuerdo que iba acompañado de mi hermana y mis amigos del colegio, puesto que teníamos mucha curiosidad sobre este evento. Cuando elegí hacerme el tatuaje ellos estaban sorprendidos por esa decisión, y al rato observaban cómo apretaba la silla por el dolor. El tatuador no dejó de hablarme de su barrio, de cómo empezó a tatuar, y de cómo tenía que estirar la piel para una buena inyección de la tinta. No sé si él me veía como alguien inexperto en el mundo de los tatuajes, o si necesitaba hablar.

Esa forma deliberada de elegir la primera persona que inyectaría tinta en mi piel, con el tiempo me costó, ya que tuve que cubrir parte de ese primer tatuaje por algunos errores que tenía. Elegir tatuador según un precio módico me había salido muy caro. Sin embargo, cuando me volví a tatuar para cubrir ese primer tatuaje, construí un lazo con el segundo tatuador. Él me hizo varios tatuajes, y con el tiempo esa unión iría más allá de la práctica y compartiríamos diseños e ideas. El primer tatuador desapareció, jamás volví a saber de él, aunque su experticia siempre la admiraré en mi cuerpo, son mis reliquias. Al pasar el tiempo quise imprimirme más tatuajes. Frente a la ausencia de confianza en algún tatuador o tatuadora, me decidí por la calidad de los diseños del tatuador. El segundo tatuaje que decidí hacerme con un nuevo tatuador es muy importante para mí y, me he seguido tatuando con esa persona desde entonces. Así, nos dimos cuenta de los gustos y

amistades en común, de las bandas que nos gustaban, e incluso de las ideas políticas y contextos que compartimos. Con él forjamos una amistad extraña, que no era parecida a ninguna amistad que yo haya tenido, ni por cómo nos comportamos, ni por la diferencia de edad. Es un vínculo que ha perdurado en el tiempo. Incluso, le presté mi cuerpo a su exnovia que era su aprendiz y él, a su vez, me ha ayudado en el proceso de esta tesis.

Hasta el momento hemos visto como se construyen dos discursos alrededor del sufrimiento, uno sobre la concepción del dolor del pasado y de la muerte, otro alrededor del rechazo social que es percibido por las personas que participaron en esta investigación. Ahora, en este tercer capítulo, veremos cómo los mismos participantes nos hablan de ciertas formas de resistencia que ellos mismos crean para tratar de lidiar con ese sufrimiento, a través de la construcción de vínculos sociales o de lo que ellos llaman amistades extrañas. El tatuaje es una manera de lidiar con el sufrimiento, es una forma de construir estrategias de resistencias alrededor del sufrimiento, pero, además, lo hace por medio de la construcción de vínculos sociales, ya que se construyen relaciones con otros tatuados, con los tatuadores o se crean grupos sociales entre ellos. Abordaremos precisamente el tatuaje como creación de vínculos, su relación con cierta forma de amistad y cómo esto influye en la selección del tatuador o tatuadora. Abordaremos también las distinciones de género, sus prácticas y producciones en relación al tatuaje y con los tatuadores.

## **I - Tatuaje como vínculo: la elección del tatuador**

### **1.1 Una amistad extraña: tatuaje como creador de vínculos**

Nelson Eduardo Álvarez Licona y María de la Luz Sevilla González nos explican en su artículo “Semiótica de una práctica cultural: el tatuaje” lo siguiente sobre el tatuaje y la amistad en el ámbito carcelario:

El tipo de relación establecida entre los involucrados, la amistad o el parentesco, pudiendo intercambiarse un trabajo de tatuaje por ropa, cigarrillos o por algunos servicios, incluso puede ser gratis; cuando la sesión de tatuaje adquiere tal intensidad hay más. (Álvarez y Sevilla, 2002, pág. 6).

Hay una relación establecida con y a través del tatuaje. Esta relación puede ser, como lo dicen los autores de amistad o de parentesco, pero también es una relación de intercambio, como Jaime Díaz nos cuenta en una de sus experiencias:

El pequeño, el tatuaje pequeño es el de la daga que me lo hizo una amiga que quiero resto, entonces también como algo buen ambiente, música, el cuarto de ella y tatuándome.... Tiene un montón de gatos entonces con los gatos ahí, como chistoso y el otro tatuaje me lo hizo un amigo que ya es tatuador como profesional y que también estuvo en un parche de grafiti conmigo entonces lo aprecio mucho, “venga cambiemos el tatuaje como por.... Una camiseta que usted haga entonces pues todo ha sido una vaina como de amistad (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 3).



Imagen 15. Tatuaje “daga”. Foto de Jaime Díaz.

Para Jaime el tatuaje es una cuestión de amistad. El tatuaje para él es cambio o intercambio con amigos, pues él puede cambiar un tatuaje por una camiseta que haya diseñado. El intercambio en este caso, de productos considerados como iguales, es fundamental para expresar lo que ellos consideran como “amistad”. La sensación de estar a gusto hace parte del tatuaje, ya que él está con sus amigos en un ámbito de confianza, con los gatos por ahí, en la casa de su amiga tatuadora. Ese estar cómodo nos habla de la importancia del contexto para la creación del vínculo, pues es un lugar donde normalmente no se ve la práctica de tatuar, ya que está relacionada con locales establecidos, no con hogares. Jaime también aprecia que en ese ámbito de confianza pueda intercambiar cosas con sus amigos pues todo en el tatuaje para él ha sido una situación de amistad, de intercambio. Los tatuajes para Jaime Díaz evidencian los vínculos que tiene con otras personas. La amistad, en este caso, no solo es una unión sino una forma de intercambio, donde el trabajo artístico que ellos hacen se vuelve una manera de dar y recibir elementos que cobran importancia simbólica dependiendo de la experiencia de cada uno de los involucrados. Jaime también nos cuenta en otra de sus vivencias:

Me gusta tatuarme con la gente que me cae bien. A mí no me gusta pagarle un millón de pesos a un man que se crea una chimba, a un man que tenga un ego hasta cielo y diga: “no, tengo cita en dos años, no usted no me cae bien”. Yo le estoy prestando mi cuerpo a la larga, usted está haciendo una obra en mi cuerpo, entonces tiene que caerme bien el tatuador la verdad. Entonces la mayoría de tatuajes me los hicieron amigos. Entonces mi amigo es latino, entonces mi amigo le pega como a varias ondas del tatuaje. Hicimos un sagrado corazón que es una vaina muy representativa pues de Colombia y entonces no creo que tenga como mucho que ver con los gringos, pero en el estilo como tal él sí trabaja como old school, entonces como también como.... Ahí puede haber como una fusión, pero pues la mayoría de gente se hace cosas muy gringas (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 3).

Jaime prefiere tatuarse con gente que le cae bien, además no se tatuaría con alguien que tenga un ego hasta el cielo o se crea una “chimba”. Esto sucede porque él está *prestando* su cuerpo y por eso le debe *caer bien* el tatuador. El cuerpo tatuado se transforma en un cuerpo/objeto, que es para un tatuador un caballete en encuadre de piel. Jaime no concibe ese intercambio de dinero por un tatuaje como la forma ideal de intercambio, pues le está prestando su cuerpo a alguien, le está prestando su *objeto privado*. El hecho de *prestar el cuerpo* plantea preguntas sobre la manera como se conciben la “propiedad” y la “intimidad”. El cuerpo es visto como un objeto que pertenece a alguien y que por lo tanto se puede *prestar*. Las reglas que determinan cómo y a quién *prestar* ese cuerpo son las que nos permiten comprender en este caso el concepto de amistad: el cuerpo se le presta a “alguien de confianza”. Se le presta a alguien con quien se ha construido previamente un mundo común alrededor de los tatuajes. Además, esa persona debe concebir el *cuerpo* como un lugar en donde desplegar su saber-hacer, desde una perspectiva más bien artística. El cuerpo debe

ser un lienzo para los dos. El tatuado se piensa a sí mismo como obra de arte y como portador de obra de arte.

El cuerpo tatuado se convierte en un elemento que se presta para hacer obras de arte, un cuerpo que se presta a los amigos, ya que es un plano donde no solo una persona se ve beneficiada por su tatuaje, sino que el cuerpo es el plano del artista y tatuador para poder forjar su saber. El tatuaje no solo es el intercambio de dinero por algo, sino que es un intercambio que implica un lienzo vivo. Esta experiencia se relaciona con una de las explicaciones de Pérez:

Una vez definido el tatuaje se llega a la última fase del proceso: tatuarse. Este es el momento esperado que materializa un proyecto personal y en el que la relación con el tatuador adquiere más intensidad, dadas las distintas facetas que entran en juego: la piel, la sangre, el dolor, en fin, todo lo que implica la interferencia en el cuerpo. Es una relación demarcada por la simpatía entre las partes (Le Breton citado por Pérez, 2009, p. 78).

Para Jaime Díaz su proyecto personal por medio del tatuaje hace parte de la simpatía entre las partes. Esa simpatía debe existir ya que al final él le está prestando el cuerpo, donde el juego de la piel, la sangre y el dolor entra en una intensidad más allá del intercambio del dinero. Este juego del tatuar es un intercambio de simpatía privado, en el que se evidencian vínculos de amistad, haciendo de la amistad un elemento decisivo para la culminación de su proyecto personal y la elección del tatuador. Jaime también nos explica:

Yo soy pintor e... ilustrador, entonces también entiendo qué es el lienzo, entonces para mí una persona es un lienzo, para un tatuador. Entonces, de cierto modo la gente tendrá que pensar más como en eso, como en qué me tatúo, con quién me tatúo, porque.... Porque sí, a la larga le estoy prestando el cuerpo a alguien (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 3).



Jaime es pintor y entiende la importancia del cuerpo/lienzo. Las personas son lienzos para los tatuadores, y las personas son conscientes de que se está prestando un objeto privado, un objeto del que solo ellas tienen poder, su propio cuerpo. En relación con esta experiencia, Pérez explica:

Este análisis en lo que se refiere al uso social del cuerpo debe partir del estudio de la forma exterior (apariencia) para determinar la identidad interior, que a su vez es el reflejo de los valores y normas sociales que regulan los intercambios de los actores en cada momento histórico y en cada sociedad. A juicio de la antropóloga italiana Laura Porzio (2004) la construcción de la identidad se conforma a partir de la obtención de capital simbólico, que es aquel que se queda atrapado en la conciencia (subjética) a través de la memoria (cultural e histórica). (Alcoceba, 2007 p.77).

Hay un uso social del cuerpo a partir de la apariencia. La “identidad” en este caso va más allá de la persona tatuada: la identidad “se marca”. La identidad también se construye a partir de la relación con el tatuador. La identidad aquí es doble y además es identidad proyectada, por la naturaleza del tatuaje: el tatuaje se muestra en la piel. El tatuaje es parte del capital simbólico que Jaime Díaz expresa sobre prestar el cuerpo. Pensar la forma de elegir quién le marca el cuerpo tiene que pasar por la amistad, por la simpatía. El tatuaje no solo es la amistad, sino que es la forma de pensar el cuerpo, en este caso es un cuerpo/lienzo, que al ser objeto de arte no se le puede prestar a cualquiera.

Ahora bien, ¿cómo se construye el vínculo afectivo? Enrique Colón nos cuenta:

No es simplemente volver a tatuarse sino crear un vínculo, con el tatuador y todo, el tatuador no fue tan como esperaba, así como... el man fue más callado, pero sin embargo ahí, siempre como un vínculo entre tatuador y el que se está tatuando, y más si es el primer tatuaje del que se está tatuando (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 7).

Enrique quería crear un vínculo por ese intercambio de imagen y experiencia que en el tatuaje existe, no obstante, el tatuador fue más callado de lo que él esperaba. Eso crea una ruptura de su imaginario frente al tatuaje, pues para Enrique no hubo un momento liberador de su historia y lo importante que para él es ese tatuaje. Enrique busca en el tatuador a alguien que lo escuche. Busca a alguien con quien liberarse de cierta manera. El primer tatuaje y la liberación simbólica que consta cuando la tinta entra y la sangre sale, no solo es un intercambio de dinero, sino de simpatía y significado, pues queda la imagen representativa del mismo, generando un vínculo por lo privado prestado, tanto el cuerpo como el sentir significativo de hacerse el tatuaje. Liberar lo significativo del tatuaje, en el primer tatuaje es muy representativo, ya que es la primera transformación del cuerpo con esta práctica, marcando un antes y un después del cuerpo. Pasa de ser cuerpo a ser cuerpo/tatuado, y ese paso de vida no lo puede hacer cualquier persona, sino alguien con el que haya simpatía o con alguien con quien emerja un vínculo en ese gran paso. Respecto a la simpatía entre partes, en una de sus experiencias Vilma Castro nos cuenta:

Me lo quería hacer con la tatuadora que me hizo el de acá y varios[...] entonces dije no, me voy a buscar otro tatuador, y busque otro tatuador que también me parecía muy bueno pero nunca me convenció tanto ni me llegó al corazón como el trabajo de la otra tatuadora, si me entiendes, y eso es una parte importante de escoger al tatuador, entonces digamos que me hice este tatuaje y me lo hice más grande de lo que yo al final tenía planeado, que es otra cosa que al final pasa mucho con los tatuajes y los tatuadores, y entre otras cosas sí, y me hice el tatuaje con el man, pero sentí que me gusta, pero hubiera quedado mucho mejor, si yo hubiera tenido paciencia y hubiera esperado a Carolina (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 3).

El tatuaje de Vilma castro es un ejemplo especial de cómo elegir y preferir un tatuador, ya que compara el trabajo y experiencia entre tatuadores, fijándose, que, aunque sintió que le gusta

su tatuaje del cuello, el trabajo de la tatuadora le hubiera “llegado más al corazón”. La tatuadora le “llega más al corazón” posiblemente porque con ella ha compartido más, pues ella le ha hecho más tatuajes, teniendo tiempo para construir más simpatía. El tatuador se convierte en la muestra de una unión que se ha construido, ya que a Vilma Castro el trabajo de la tatuadora le gusta, no solo porque ha inyectado sentido en su piel, sino que ha convivido con ella, y aunque el tatuador sea bueno, no es lo mismo pues no ha compartido lo mismo con él.

Esta experiencia se relaciona con lo explica Pérez: “[...] generalmente, la persona que usted tatúa se vuelve amiga, porque es algo que usted va a dejar para siempre en su piel, es una cuestión de sentimiento, hasta de espiritualidad, es la sangre que está corriendo [...]” (Mano citado por Pérez, 2009, p. 79). A Vilma Castro le encantó el trabajo de la otra tatuadora, mostrando una conexión desde algo que se dejó para siempre en su piel, en la sangre que está corriendo, casi como conexión espiritual que es más latente por esos varios tatuajes hechos y compartidos. Además, agrega desde su experiencia:

Entonces es bueno que personas que tengan contacto con uno y una persona que te marque, con algo de por vida, probablemente tú no te vas a olvidar de quién te tatuó, te hiciste 50 si de pronto se te olvidan un par de tatuadores, pero es una experiencia importante en tu vida, y lo vas a llevar toda tu vida, lo mínimo que debes asegurarte es que la persona que puso esa marca, es una marca, sea una persona que te deje un bonito recuerdo una buena energía. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 5).

Para ella es importante que la persona que marque el cuerpo, con algo de por vida, deje un *bonito recuerdo*, una *bonita energía*. El tatuador marca de por vida, es un constructor de pasado y de futuros nuevos en la vida de las personas.

## 1.2 “Farandulear”: el tatuador y las redes sociales

Hasta el momento hemos visto cómo la amistad puede ser uno de los criterios para elegir al tatuador. En este apartado observaremos otro camino para escoger a la persona que se encarga de marcar los cuerpos. Veamos la experiencia de Enrique Colón:

Y pues vi muchos diseños de él, en su Instagram en Facebook y todo eso, lo contacté lo llamé una vez y me dijo: chino yo quiero hacer su tatuaje. La cita supuestamente tocaba apartarla y esperar como 15 días, pero me dijo: chino, tal día lo tengo libre a tal hora, y yo hágale de una y fui y me lo hizo, y le pagué y eso, ni siquiera tuve que apartar cita ni nada (Entrevista a Enrique Colón, abril, 2016; pág. 6).

Enrique elige al tatuador por medio de Instagram y Facebook. Los tatuajes no solo se eligen por el vínculo de amistad o de relación cercana, sino por lo que se ve en las redes sociales. Los tatuadores para llamar su clientela utilizan las redes sociales para poder mostrar su trabajo. Sin embargo, como Fidel Salcedo explica en su posición de tatuador: “Eso también pasa en el tatuaje, le copian al que más farandulee, al que más farandulee en las redes sociales, he visto tatuajes horribles, pero si la tienda paga publicidad y lo ve mucha gente, entonces la gente va.” (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; pág. 5). En las redes sociales puede que el que más tenga seguidores o likes tenga mayor clientela, aunque no sea un buen tatuador. Muchas veces al que más le “copia” la clientela es el que más farandulea en las redes o incluso es la paga publicidad. En ese sentido, el criterio de selección del tatuador estaría más bien relacionado con una idea de “confianza numérica” y no por la estética del tatuaje. El tatuador o la identidad del tatuador se convierte en un símbolo numérico representado por el peso estadístico de likes. En ese sentido, la identidad se puede medir, comparar y clasificar. Todo esto nos lleva entonces a plantearnos nuevas preguntas sobre el tatuaje mismo: ¿si lo que importan son los números entonces dónde queda la imagen? Los

tatuadores buscan distintos mecanismos para poder mostrar su trabajo y atraer a las personas que quieren tatuarse, esto influye en la selección del tatuador ya que la gente le copia o elige al que más ven. “Farandulear”, es decir, utilizar diversas estrategias en redes sociales para adquirir “clientes” que quieran tatuarse, hace parte de la elección del tatuador. Lo que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es lo que buscan los tatuados por medio de las redes sociales? ¿Cuál es el criterio de confianza que se construye en esos términos? Hay sin embargo otros criterios que se pueden analizar, como la percepción del género que tienen las personas en el universo de los tatuajes.

### **1.3 “Imprimir feminidad”: criterio de elección del tatuador**

Pensar el tatuador como alguien que inflige la piel y deja recuerdos es también pensar alguien que deja una marca de por vida, convirtiendo el tatuador en alguien que también deja su saber en la piel. Para Vilma, la forma de elegir el tatuador no es solo la conexión que se tiene, sino por la manera como se marca la piel:

Yo creo que, expresar ella, como que ella le puede imprimir como más feminidad al tatuaje, muy posiblemente, es que ser mujer es muy diferente de ser hombre, y sentir como mujer es muy distinto de ser hombre, es que hasta en las estéticas también se ven tocadas por eso, es inevitable [...] Las mujeres somos más sensibles a muchas cosas, no quiere decir que todas, no quiere decir que necesariamente el cien por ciento de las veces pero en términos generales tenemos más sensibilidad a ciertas cosas, entonces.... Esas cosas se notan. (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4).

Ella elige la tatuadora porque “ser mujer es muy diferente a ser hombre” al realizar un tatuaje. Las formas o diseños que puede plasmar un tatuador también se ven tocadas por el género. Vilma elige la tatuadora porque para ella es más “sensible” a muchas cosas, convirtiendo la

elección de un tatuador en una idea sobre lo que una mujer o un hombre pueden hacer con el tatuaje. Además, agrega:

Porque su estética, por el feeling, porque es chica, porque quería algo femenino, como lo de mi tía, ahí está, le marcan a uno las vainas, no quería nada de mansito porque yo no quería verme como un mansito, yo me visto muy relajada, yo mantengo despeinada pero tampoco quiero verme como un mansito, me gusta mantener algo de feminidad, me parece importante, entonces yo quería algo en el cuello, y no quería verme como toda “u si” me hubiera gustado más el feeling y la nota femenina que sin duda le hubiera puesto o le hubiera dado solamente una mujer. El tatuador pues sí, no me hice algo masculino o algo por el estilo, pero traté de quedarme cuando me hizo el diseño pues que me gustara y esto, pero sé que en manos de ella hubiera quedado más que todo mi gusto estéticamente hablando (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4).

Este pensamiento se ve reflejado en la elección de la tatuadora y el tatuador, pues nos expresa que la tatuadora por su feeling y la nota femenina le pudo plasmar lo que ella quería, que era algo femenino para no verse como un “mansito”. Sin embargo, ella se termina tatuando con el tatuador, pero observó y opinó cuando él hizo el diseño, sabiendo que en manos de ella hubiera quedado más femenino, estéticamente hablando.

La forma de elegir el tatuador puede mostrar la afinidad, simpatía o amistad, como también puede ser una elección por lo que se ve en las redes sociales. Sin embargo, al elegirlo siempre hay un flagelo en el cuerpo donde la intimidad y la emergencia de ese vínculo convierte el tatuaje en una forma de unión. Esta unión no solo se ve permeada por la forma de elección, sino que comprende estéticas donde se puede diferenciar lo masculino de lo femenino, es decir que el tatuaje, tanto como arte y práctica, también es expresión, suscitando distintas concepciones sobre los géneros. Es pertinente preguntarnos entonces ¿cómo se aterrizan las concepciones y las

tensiones del género alrededor del tatuaje como acto y como imagen? En el siguiente apartado trataremos de abordar algunos ejemplos.

## **II - “Es que esperábamos a un chico”: distinciones de género en el mundo de los tatuadores**

Las feminidades y las masculinidades también se ven en el mundo del tatuaje afectando a los implicados de maneras diversas. En la experiencia como tatuadora de Policarpa Torres encontramos lo siguiente sobre las distinciones de género:

Una vez en uno de los locales que estaba trabajando atendí a unos clientes, como cualquier tatuador, va y atiende, ¿Cómo estás? y ¿Qué quieres? Normal, y ellos como: no, queremos hablar con el tatuador, y yo: “sí, dime” y ellos: ¿tú eres la tatuadora?, y ellos: “es que esperábamos un chico” y yo pues pensando que no puedo dar mi potencial ni mi exponencial como tatuadora solo porque soy chica o porque todavía es como un tabú, entonces uno acá como en este país lleno de libertades y todavía que alguien tan joven que alguien me mire como sorprendido por ser la tatuadora, ¿en qué mundo estamos? (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4).

El rol del tatuador en este caso está asociado a la masculinidad. Los clientes “esperan a un chico”. Esta experiencia se relaciona con lo que expone Martínez: “[...] Tal como arguye McNay (1992), no sólo el género es la diferencia más fundamental entre los cuerpos, sino que el poder no es equitativo respecto a los cuerpos femeninos y los masculinos. [...]” 133 (Martínez, 2004, p. 133). Para Policarpa como tatuadora, que los clientes lleguen esperando a un chico hace que ella piense que no puede dar todo su potencial, es decir que siente de alguna manera que el poder ser tatuadora no es equitativo entre los géneros, promoviendo la diferencia que parece fundamental entre cuerpos, pero no entre trabajos. También desde su experiencia agrega:

No solo te das cuenta que ya no solo son los clientes sino que también son tus mismos compañeros de trabajo, no me refiero a los que trabajo actualmente, sino a muchos tatuadores, yo sé que no todos son así pero muchos tildan como a: “esa mujer tatúa, esa mujer es la fácil” entonces tildan a: “se desnuda, hace todo este tipo de cosas” y no la verdad es que no todo el tiempo es así, entonces esta la parte donde no eres nada femenino, o seguramente sí tienes tatuajes o eres tatuadora seguramente, como muchas, te acuestas con un tatuador solo por tener tatuajes o porque, o ese tipo de cosas. (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4).

Ella no solo ha sentido que no puede dar todo su potencial con los clientes, sino con sus compañeros, pues donde ella trabajaba ha observado que piensan que, si esa mujer tatúa es fácil, o que si tatúa se desnuda o hace todo este tipo de cosas. Sin embargo, también se piensa que por ser tatuadora o tener tatuajes no se es femenino. Esos comentarios que escucha Policarpa Torres son explicaciones sociales que muestran formas de pensar la cotidianidad de las mujeres tatuadas y tatuadoras. El tatuaje se convierte en una formación continua sobre el proceso semiótico en el género. Asociar la mujer a ciertos ritos o comportamientos no corresponde ni configura la identidad de Policarpa, ya que Policarpa no es como sus compañeros describen y han hecho concebir a la mujer tatuada o tatuadora. Ser tatuadora se convierte en un signo de lo que socialmente se piensa de la mujer. Además, como lo expone Gómez:

El género se corporifica en cuerpos concretos que se modelan social y subjetivamente, 2) se espacializa (el género tiene un correlato inmediato en la producción social de los espacios y lugares) y 3) el género se representa, se simboliza y se predica a través de discursos y representaciones sobre lo femenino y lo masculino desde la puesta en uso de esquemas de género de visión y división (Bourdieu, 1991) y desde la producción de identidades y categorías sociales presentes en el lenguaje. (Gómez, 2009, p.2).



El género femenino como masculino se ve en el cuerpo, donde se ve cómo se moldean social y subjetivamente los cuerpos, como le sucede a Policarpa, pues ella como mujer tatuadora hace que los demás representen, simbolicen y prediquen lo que piensan de la mujer a través de discursos y representaciones, como los comentarios de los clientes y los compañeros tatuadores de Policarpa. El tatuaje se convierte en una forma de distinción de género. Sobre lo que se ve en el cuerpo, también Policarpa Torres comenta:

Admiro a muchas tatuadoras que no necesitan de una imagen física para vender su trabajo, y eso es lo que me encanta de esto, como que... el día de mañana te miren y miren un trabajo y que vean: “de quien es esto” a es de una vieja, y no te vean como una imagen física o femenina o eso. Lo que te digo esas cosas le dan como mal genio como: “porque no crees en mí” pero con el tiempo da risa, pues dejarlos, si no se sienten cómodos y el cliente no le voy a decir: “ven y tatúate conmigo” pues está bien, si no se siente cómodo, tampoco puedo obligar a alguien por eso. (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4).

El tatuaje es una práctica que evidencia la producción de lo que se piensa del género, reafirmando visiones estereotípicas de la mujer tatuada y tatuadora. Además, retomando la experiencia de Vilma castro, como clienta ella comenta:

No sé qué es de niño o de niña, si no que yo quería que se viera femenino, la estética, como las curvas, el relleno, si son cosas cuadradas o si son cosas puntiagudas, si me entiendes, todo ese tipo de detalles que ayuda a que una cosa se sienta más, masculina, más femenina, más liviana, entonces ahí está lo de un tatuaje de niña, o un tatuaje de niño (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4).

Ella quería que su tatuaje se viera femenino, en la estética, pues para ella ciertos detalles ayudan a que un tatuaje se vea masculino o femenino. Y, recordando otra de sus intervenciones:

Porque su estética, por el feeling, porque es chica, porque quería algo femenino, como lo de mi tía, ahí está, le marcan a uno las vainas, no quería nada de mansito porque yo no quería verme como un mansito, yo me visto muy relajada, yo mantengo despeinada pero tampoco quiero verme como un mansito, me gusta mantener algo de feminidad, me parece importante, entonces yo quería algo en el cuello, y no quería verme como toda “u si” me hubiera gustado más el feeling y la nota femenina que sin duda le hubiera puesto o le hubiera dado solamente una mujer. El tatuador pues sí, no me hice algo masculino o algo por el estilo, pero trate de quedarme cuando me hizo el diseño pues que me gustara y esto, pero sé que en manos de ella hubiera quedado más de todo mi gusto estéticamente hablando (Entrevista a Vilma Castro, mayo, 2016; pág. 4).

Para ella, en los tatuajes la nota femenina solo se la puede dar una mujer, marcando una diferencia en la selección de tatuador desde la distinción de género. Vilma piensa que las mujeres pueden transportar en el acto del tatuaje parte de la feminidad que solo las mujeres por ser femeninas pueden plasmar, pero, además, ella busca la feminidad en sus tatuajes, en su cuerpo, llevándola a reproducir ciertos estamentos de lo que se piensa de la mujer, pues ella no quiere parecer “un mansito” por sus tatuajes.

El tatuaje se transforma en una forma de mantener lo femenino, pero también de buscarlo y plasmarlo en el cuerpo. Esto se relaciona con lo que explica Pérez: “la elección de los diseños también trasluce las diferencias de género. En este caso, se recrea otra dimensión simbólica de la dicotomía, ya no tan ligada al erotismo, sino a las cualidades que identifican socialmente los sexos” (Pérez, 2009, p. 83). Los diseños y lo que se busca en ellos recrea la dicotomía entre los géneros,

esa identificación social de los mismos hecha dimensión simbólica es parte de la feminidad que busca Vilma. Esto no solo les pasa a las mujeres:

Como el planteamiento de Simone de Beauvoir de “No nace mujer, llega una a serlo”, la cultura de género también produce “hombres”; sujetos que en la cotidianidad tienen que ir representando mediante acciones constantes que se es un hombre. Lo anterior a través de la asimilación, introspección e incorporación de símbolos culturales, pautas de comportamiento, acciones y prácticas diversas que van modelando los cuerpos masculinos. (Sierra 2006, p.10).

Las concepciones y reproducciones sobre los géneros también pesan en los hombres, nosotros también buscamos distintas formas de representar, reproducir y producir lo que es un hombre y su masculinidad, como Vilma con la feminidad de su tatuaje. El siguiente apartado tratará sobre esas distintas reproducciones y prácticas de género.

## **2.1 “Cosas de niños”: la representación de lo masculino en los diseños de los tatuajes**

Lisett Pérez explica en su texto *Cuerpos tatuados, almas tatuadas*:

En este caso, se recrea otra dimensión simbólica de la dicotomía, ya no tan ligada al erotismo, sino a las cualidades que identifican socialmente los sexos. Así, fuera de los diseños tribales preferidos por ambos sexos, según la muestra las mujeres se inclinan por corazones, flores, mariposas, delfines y ángeles, que representan valores asociados con lo femenino, lo delicado y lo tierno. Los hombres por su parte escogen indios, animales salvajes y mitológicos, calaveras, cráneos, imágenes que se relacionan con la masculinidad, la valentía, la agresividad y la fuerza. (Pérez, 2009, p. 83).

La dimensión simbólica de los géneros se puede observar en los diseños elegidos por hombres y mujeres. Estos diseños son asociados a los valores femeninos (lo tierno y delicado) y

masculinos (valentía y fuerza). Esto es similar a lo que sugiere Jaime Díaz, en una de sus experiencias:



Imagen 16. Tatuaje “demonio” en el gemelo derecho de Fidel Salcedo.

Hay diseños que las mujeres piden mucho que me decía un amigo.... Que era como las rosas y tipo de cosas como.... Como corazones y ese tipo me jodía por el corazón que tengo yo.... Pero ellas piden mucho esas cosas, pero digamos los manes somos de tatuajes más agresivos, yo no he visto mujeres con calaveras ni demonios ni cosas así... como zombis y ese tipo de cosas como que nos gustan más a los manes, que nos gustan más las cosas como oscuras, pero debe haber mujeres que esas cosas le gustan... pero no debe ser tan común. (Entrevista a Jaime Díaz, abril, 2016; pág. 4).

El tatuaje es un mecanismo de evidenciar lo que es femenino y masculino socialmente. Además, ciertas imágenes en el cuerpo tatuado se convierten en una forma de control del cuerpo, en este caso Jaime nos dice que lo molestaban por tener un tatuaje que se considera de mujer, señalando que los hombres son de tatuajes “más agresivos”. Los demás infringen mecanismos de control ya que no encuentran coherencia sobre esa asociación que tiene sobre lo masculino y

femenino con el cuerpo tatuado. Esta vivencia se relaciona con lo que exponía Pérez, ya que hay una recreación simbólica de la dicotomía de los géneros, relacionada a cómo se identifican socialmente los cuerpos, ya que asocia ciertos diseños e imágenes del tatuaje a mujeres y otros diseños los asocian con hombres. Además, como lo explica Sierra:

Estos procesos físicos, emocionales, identitarios y subjetivos de los cuerpos se llevan a cabo mediante, lo que Judith Butler (1990) llama actos performativos. La performatividad, para Butler (2001), es la anticipación que conjura su objeto, es la repetición de actos; un conjunto sostenido de actos corporales que tienen la capacidad de la acción y transformación en los cuerpos. En este sentido, el género se concibe como expresiones originales y sustanciales siempre en un constante hacer. El “ser” hombre es el producto de la misma construcción performativa en el hacer. En el hacer cotidiano se está construyendo el ser hombre. (Sierra 2006, p.9).

La recreación simbólica de lo que es de hombre y lo que es de mujer son actos que causan *performatividad* en el cuerpo de esas distinciones y asociaciones al género. El tatuaje está permeado por las asociaciones a estas distinciones de género. El ser ya no solo construye su cuerpo por medio del tatuaje, sino que el tatuaje es un vehículo simbólico de las asociaciones sociales al género que son apropiadas por las personas. El tatuaje construye hombres y mujeres. Esta experiencia se relaciona con la vivencia de Leila Guevara:

Pero el infinito, la pluma, la jaula de pájaros, todos son de mujer, creo que el hombre no es tan desocupado como la mujer, pero si, por ejemplo, yo tengo una pantera en la pierna y eso podría decirse que es un tatuaje de hombre, tengo una botella con un barco en el pie, sí, eso no, no creo que sean, que tengan género los tatuajes. (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 4).

Ella asocia los diseños del infinito, la pluma y la jaula de pájaros a las mujeres. Estos diseños no son de hombres porque son diseños “desocupados”, por eso no son de hombres, porque ellos “no tienen tiempo para eso”. Leila, como lo explica Sierra puede pensar que “el cuerpo masculino se conforma con relación a los significados y prácticas que reproducen los sentidos de la masculinidad y de la feminidad, de las posiciones y jerarquías que ocupan hombres y mujeres en el entramado social” (Sierra 2006, p.2). Esta asociación a que el hombre es el que está ocupado es parte de las asociaciones a los géneros, a lo femenino y lo masculino. También, Leila al poner sus tatuajes dentro de lo femenino y lo masculino reflexiona sobre los roles de género, diciéndonos al final que los tatuajes no tienen género. También sobre los diseños comunes, Fidel Salcedo como tatuador nos cuenta:

Si usted se pone a ver esas tías, los tatuajes en los senos, y ahorita vamos a ver muchas tías, en unos veinte o treinta años que tengan palomitas, dientes de león y si, la moda, así como los manes con el tatuaje de la roca. Siempre se ha manejado por moda. (Entrevista a Fidel Salcedo, marzo, 2016; pág. 6).

Fidel relaciona estos diseños o dibujos en piel con la moda, como también lo hace Leila Guevara con la pluma y la jaula de pájaros, exponiendo que hay tatuajes que prefieren las mujeres, es decir, hay valores asociados con diseños que se convierten en diseños femeninos, diferentes a los que se asocian a lo masculino, como los hombres con el tatuaje de la Roca (actor). Posiblemente esta asociación hace que distintos diseños se conviertan en moda porque se eligen sobre las distinciones de género. Los diseños que se hacen hombres y mujeres son una muestra de las diferencias de género, recreando las dimensiones simbólicas de la dicotomía femenina y masculina, siendo parte de la construcción social de los sexos. Esto se relaciona con una de las explicaciones de Policarpa Torres:

Pues para mí no existe el concepto femenino masculino porque no lo hay, si alguien quiere un tatuaje delicado puede ser un hombre o una mujer entonces tacharlo de que esto es de mujer y esto es de hombre pues también es injusto, obvio hay personas que te llegan: “ay quiero el tatuaje maorí que tiene la roca” porque obvio es muy masculino, pero no tiene nada que ver, es un tatuaje no un género, no lo hace masculino, no lo hace femenino. (Entrevista a Ramona Rozo, mayo, 2016; pág. 4).

Para ella, aunque expresa que no existe el concepto de femenino o masculino acepta que sí hay personas que llegan pidiendo el tatuaje de la Roca, asociado a la masculinidad.

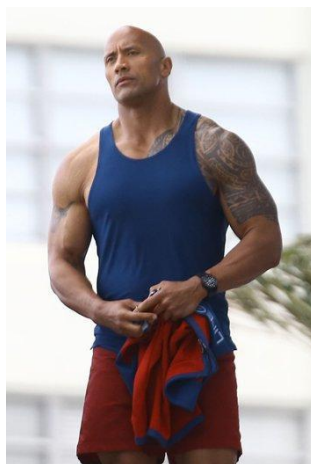


Imagen 17. Ejemplo de tatuaje tipo “la Roca” Actor.

Los conceptos femenino y masculino hacen parte de la cultura de género, siendo base mediante la cual los cuerpos son construidos, relacionándolos con los significados y prácticas que reproducen los sentidos de la masculinidad y de la feminidad. Los tatuajes y el cuerpo tatuado se convierten en el mapa del sentido adjudicado al cuerpo, son la muestra y huella de la cultura y lo que se ha pensado sobre el cuerpo. Se relacionan con los vínculos con otros cuerpos, su valoración

propia y ajena, la sustentación biológica y sexuada, e incluso, de las valoraciones que dictan distintos medios de comunicación sobre cómo se debe ver un hombre o una mujer, haciendo que lleguen clientes eligiendo tatuajes específicos. El tatuaje es sentido de género, masculinidades y feminidades reproducidas y producidas. En otra de las experiencias de Policarpa, vemos:

Me encanta el tradicional y este brazo lo quiero hacer todo, eee... me encanta ambos, me encanta la panterita porque tiene una cara muy tierna, y no se la serpiente y todo eso porque como que no es muy normal que las chicas como que o pues no normal sino como que la gente del común, como que la gente del común no ve como muy normal que una mujer tenga tatuada una serpiente, así como tatuada tan grande, pero pues no sé. (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4)

Ella tiene tatuajes que las mujeres no llevan generalmente. Ella describe que hay tatuajes normales y anormales. El tatuaje es parte de los vínculos con otros cuerpos. Es la valoración propia y ajena sumada a los deseos de normalidad que se inscriben en el mismo, reproduciendo los sentidos alrededor de lo que se ha constituido como femenino y masculino. Sobre esa experiencia, Policarpa atañe:

Cuando yo he viajado así o eso, se nota como la incomodidad del hombre y de las mujeres hacia eso, no es muy femenino, no es muy... a pesar de que me ves con vestido y arreglada y mis uñas, mis cosas, sí, pero como que no es como muy normal, no es muy...tú puedes ver que hoy en día, las personas, más de una tiene como un tatuaje, pero todavía se tacha de lo femenino, lo que es de los niños, lo que es de las niñas, el rosado, el azul, ese tipo de cosas y esto es igual, (Entrevista a Policarpa Torres, mayo, 2016; pág. 4).

Ella ha notado la incomodidad del hombre y de las mujeres, frente a algunos tatuajes ya que no son muy femeninos, aunque se ponga vestido o se arregle sus uñas. Ella, aunque busca reflejar feminidad con sus tatuajes que parecen no corresponder con los estándares femeninos se



sigue observando “lo que es de niños y lo que es de niñas”, convirtiendo distintas imágenes del tatuaje en algo que hace parte de la cultura de género. Lo podemos ver en algunos de sus tatuajes:

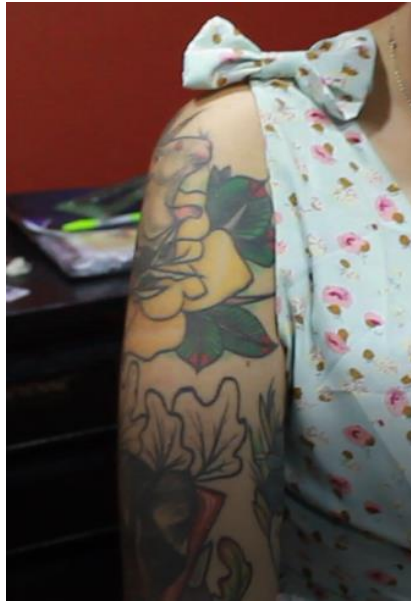


Imagen 18. Tatuaje en el brazo izquierdo de Policarpa Torres.

Hay valores asociados a los tatuajes en distintos lugares del cuerpo, sin embargo, son representaciones sociales de feminidades y masculinidades. Puede que tener tatuajes en los brazos sea signo de la fuerza que un hombre debe tener, como el tatuaje de la Roca. Ella tiene otro tatuaje en su brazo:



Imagen 19. Tatuaje de la “pantera y la serpiente” en el brazo derecho de Policarpa Torres.

Retomando una de las intervenciones de Leila Guevara: “yo tengo una pantera en la pierna y eso podría decirse que es un tatuaje de hombre” (Entrevista a Leila Guevara, mayo, 2016; pág. 4) Los diseños también tienen asociaciones de género, asociaciones de género que no se cumplen, ya que Leila y Policarpa tienen diseños de panteras en su cuerpo: Leila en su pierna y Policarpa en su brazo. El tatuaje se convierte en lienzo no solo en lo que es de un género u otro, sino en la resistencia a esas concepciones femeninas y masculinas. Esta experiencia se relaciona con una explicación de Brena:

Dicha práctica de metamorfosis corporal se orienta al interior de una resistencia contra un sistema que ha hecho de lo evanescente, lo descartable y lo desechable uno de sus valores y normas sociales predilectas. Imponiendo un valor agregado, perenne, que fractura la economía de la moda y el propio culto a los emblemas de lo nuevo y momentáneo (Ganter 2005). (Brena, s.f, p.251).

La metamorfosis corporal hace parte de la práctica de género sobre los cuerpos. Teniendo tatuajes que normalmente parecen ser de hombre, como puede ser el de la Roca o los diseños de panteras, no se reproducen los valores simbólicos sobre los géneros. Sin embargo, en el control

corporal sobre esos diseños se ve la asociación a “lo que es de niñas con el rosado o lo que es de niños con el azul”. Puede que con el tatuaje de la Roca exista un emblema de lo nuevo o culto sobre esa imagen masculina impuesta por órdenes estéticos por los medios de comunicación. No obstante, los diseños de hombres que están en la piel de una mujer son una resistencia a un sistema que mantiene conceptos sociales sobre el género. En el cuerpo tatuado se va imponiendo un valor agregado desde las normas predilectas sobre los sexos de los cuerpos, haciendo del género de los cuerpos una práctica sobre lo que se cree que se debe hacer, tratando de mantener la normalidad de lo femenino y lo masculino. El tatuaje es muestra de lo que se cree que son “cosas de niños y de niñas”.

Para Leila Guevara existen feminidades dentro del tatuaje, esto es parte de la cultura de género. Pensar el tatuaje como femenino o masculino hace parte de la “asimilación, introspección e incorporación de símbolos culturales, pautas de comportamiento, acciones y prácticas” que hacen parte de lo que se piensa cotidianamente sobre lo masculino y femenino. Vilma busca en el tatuaje una identificación a partir de la “dimensión simbólica de la dicotomía, ya no tan ligada al erotismo, sino a las cualidades que identifican socialmente los sexos” (Pérez, 2009, p. 83), sustentada en “una serie de ritos que, repetidos, van configurando una identidad que pocas veces responde con total exactitud a esos mitos sociales que denominamos masculinidad y feminidad.” (Herbert, 2013, p. 2).

Hay una dimensión simbólica de la dicotomía entre masculinidad y feminidad que identifican socialmente a los géneros haciendo una configuración de la identidad. Sin embargo, esas explicaciones sociales sobre los géneros no corresponden con exactitud a esas explicaciones sociales, denominadas masculinidades y feminidades. Lo vemos en el corazón que tiene tatuado Jaime, con la pantera que tiene Policarpa y Leila, también en la constante predilección del tatuaje

de la Roca por parte de los algunos clientes. Además, vemos cómo se sigue manteniendo los conceptos sociales sobre los cuerpos, con la experiencia del tipo que lo molestaba a Jaime por su tatuaje de corazón, o las miradas sobre los tatuajes de Policarpa. El tatuaje se convierte en una forma de producir, reproducir, mantener y mostrar esos conceptos de lo femenino y lo masculino, tanto en los diseños como en la forma de elegirlos según lo que creamos de nosotros mismos.

## **Conclusiones**

Esta tesis nos permitió responder de diferentes maneras a la pregunta central de esta investigación: ¿cómo se desarrolla la construcción de cuerpo e identidad en personas tatuadas y tatuadores en la ciudad de Bogotá?

El tatuaje se convierte en una forma de reelaborar y resignificar el dolor, permitiendo mediar distintos sufrimientos del pasado. El tatuaje se convierte en una herramienta terapéutica para la persona porque permite situar en el cuerpo una experiencia por medio de una imagen, organizando, clasificando, dándole sentido esos dolores. Situar los dolores en el cuerpo convierte el tatuaje en un código de comportamiento que permite resignificar el pasado para actuar en el presente y construir el futuro. Controlar el sufrimiento por medio del tatuaje no solo pasa con el dolor, sino que los participantes también con sus tatuajes hacen referencias a los errores del pasado.

El tatuaje es una forma de elaborar el dolor de forma coherente con lo pensado desde el aprendizaje emergente de la experiencia, pensando no solo el tatuaje como una forma de situar el dolor sino como una expresión narrativa que enuncia la historia personal, generando mapas de comportamiento desde recordatorios corporales. El tatuaje es una forma de observar la identidad o la personalidad y sus transformaciones nacientes en las experiencias.

Los tatuajes se convierten también en una enunciación de las reflexiones del pasado, ya que son símbolos y recordatorios de enseñanzas, promoviendo nuevas valoraciones a las actitudes del presente, no permitiendo la repetición del pasado. Son una vía para generar identidad porque la persona se apropia de forma corpórea de sus aprendizajes, permitiendo el cambio y ser diferente de ese “yo” del pasado. La identidad de la persona tatuada consta de la creación y construcción

experiencial a partir de recursos o herramientas para sobrellevar el dolor, estas herramientas estando en el cuerpo fortalecen aspectos de la personalidad y del poder de decisión en el presente.

El tatuaje genera coherencia y continuidad narrativa con las experiencias y la representación en la piel para la acción en el presente. Así, es un medio para corporeizar la experiencia. Corporeizar el dolor y los errores permite la autopercepción en una época pasada, codificando y ordenando los dolores en el cuerpo. Se convierte en una forma de adaptación a las épocas de sufrimiento o de aprendizaje. Incluso, si pensamos en los trastornos mentales, los tatuajes podrían ser herramientas o artefactos para mediar la realidad, los trastornos adaptativos o los trastornos en general, lo que me lleva a una nueva pregunta de investigación: ¿Qué relación se pueden establecer entre el número de tatuajes y el desequilibrio de la salud mental? ¿De qué manera los tatuajes podrían aportar para la resignificación de los problemas mentales?

Un dolor plasmado constantemente en el tatuaje es el dolor por la muerte de alguien cercano. Dolor que yo también comparto como persona tatuada con un tatuaje. Marcar la muerte en el cuerpo vivo convierte el tatuaje en una herramienta de reelaboración del duelo, promoviendo la superación de una pérdida porque genera una conexión con el vacío que deja alguien por medio del cuerpo. Es una forma de organizar el dolor y olvido en una representación con algo asociado al luto, como las rosas de los funerales y el negro. El tatuaje llena un vacío por medio de una conexión simbólica.

El luto se representa de distintas maneras en los tatuajes, sin embargo, una manera común de representar este dolor es con una rosa negra. El tatuaje no solo es muestra del dolor y pérdida de alguien cercano, sino que es la muestra de símbolos culturales relacionados al luto. El color negro y la rosa negra pasan del plano social y representativo del ritual de la muerte occidental a la piel haciendo del tatuaje significado, vehículo de transporte de las emociones y dolores, pero

también del luto cultural. Es una acción simbólica de doble sentido y representación en la piel viva. Esto sugiere otra duda investigativa: ¿Qué otros símbolos rituales o culturales distintos a la rosa negra, al color negro y al luto existen en el tatuaje?

El tatuaje se convierte en una herramienta terapéutica ya que resignifica el dolor emocional a partir de la coherencia y pertinencia de la imagen plasmada en el cuerpo con la narrativa de la experiencia vivida y sus aprendizajes. El tatuaje es un recurso alternativo para sanar el dolor ya que muestra cómo se relaciona con la cultura popular colombiana, develando la concepción del vínculo con los muertos y la muerte en general. Las rosas y el tatuaje referente al luto son ofrendas que representan el simbolismo cultural, representando la muerte por medio del tatuaje en el cuerpo vivo. El tatuaje sobre las experiencias de luto es más vida que muerte, aunque sea sobre el luto. El tatuaje es una estrategia terapéutica centrada en macarse el dolor o la muerte para simbolizar la vitalidad de las enseñanzas pasadas, sugiriendo la vitalidad de las enseñanzas que deja la muerte.

Los tatuajes permiten volver al pasado como a la muerte de las personas cercanas, son reliquias de las resignificaciones y aprendizajes. El tatuaje permite constantes reestructuraciones, reconstruyendo el sentido del pasado, convirtiendo lo aprendido en una herramienta para el futuro, esas nuevas estructuraciones son acciones en el presente. Es una forma de anclaje del pasado en el presente para mantener el rumbo fijo hacia la dirección de vida que se crea pertinente. Anclar los pensamientos y aprendizajes por medio del tatuaje para hacer lo que se cree correcto, es también limitar el tipo de acciones que no se quieren. Esto tiene que ver con la visibilidad del tatuaje:

La visibilidad constante del tatuaje en la cotidianidad es importante para la persona tatuada, ya que permite una estructuración del presente al recordar el pasado. La persona tatuada por medio del tatuaje sitúa su sentido en el cuerpo y en el presente, hilando las acciones con el futuro al darle forma al espacio y tiempo presente. Al hilar las acciones con los aprendizajes el tatuado plasmado

en el cuerpo hace posible el redireccionamiento de las acciones y aprendizajes, haciéndolos históricamente posibles para proyectar la acción hacia el futuro, generando nuevas realidades para crecer o ser mejor según los ideales de las personas. La identidad de la persona tatuada se puede entender como una forma de auto agenciamiento en el presente a partir de las experiencias pasadas, guardando autopercepciones transformativas de lo que se quiere llegar a ser.

El tatuaje no solo es muestra de asociaciones simbólicas a rituales culturales como los funerales, con símbolos como el color negro o la rosa negra, sino que de él se desprenden asociaciones de carácter tabú y prohibitorio. El tabú es un comportamiento que es restringido en la sociedad porque no está asociado a lo moralmente normal, no tienen un origen conocido y por lo tanto se sustentan en el orden “natural” de la sociedad. Es de carácter sagrado ya que está asociado a la impureza de la violación del pensamiento divino dentro del orden judeo-cristiano. No hace parte de lo normal y está de lado de los intereses de las clases dominantes. Comportarse dentro de lo no aceptado o tabú puede incitar a los demás a seguir esas conductas, por lo que es castigado socialmente por medio de la prohibición y el rechazo. El tatuaje en Bogotá sigue siendo para algunas personas un comportamiento tabú.

La razón por la cual el tatuaje es tabú en otras investigaciones es presentado por medio de la asociación a la rebeldía o explicado como una práctica sádica. Sin embargo, encontramos que las asociaciones y percepciones sobre el tatuaje son varias. Estas se muestran en las experiencias de los participantes como prohibiciones por parte de la familia o otros grupos y personas, generando un control sobre el cuerpo que coacción la libertad de la persona, tanto en lo que piensa de sí misma como lo que piensa sobre la práctica. Este mecanismo de prohibición se sustenta en las asociaciones hechas al tatuaje, una de ellas es que es síntoma de locura, ya que solo las personas



sin cordura podrían modificar su cuerpo con una práctica sádica. No solo se asocia con la locura, sino con formas de vida prohibidas o rechazadas por los estándares de normalidad o de vida.

Estas formas de vida prohibidas o discriminadas asociadas al tatuaje son: los vagabundos, gamines, marihuaneros, prostitutas y homosexuales. Incluso mostrando la asociación a la sexualidad a partir de lo que no se debe hacer moralmente. Los rechazos al tatuaje nacen porque son asociaciones con lo que no debe hacer una persona según lo moral, normal y legal. El cuerpo tatuado es un cuerpo infringido por el poder de lo que se piensa como normal, hegemónico o sobre lo que las personas deben hacer, controlado el cuerpo tatuado por medio del rechazo y asociaciones a lo que se es ya rechazado. El cuerpo tatuado no solo es un plano para plasmar experiencias dolorosas o aprendizajes, sino que se convierte en un plano controlado por lo que se piensa del tatuaje socialmente. La identidad de la persona tatuada es una identidad corporal que no solo es constituida por la resignificación de las experiencias y aprendizajes, sino que es atravesada por explicaciones sociales sobre la conducta.

Esas asociaciones también tienen que ver con la práctica precaria, ya que existen percepciones construidas por las personas entrevistadas que clasifican los tatuajes entre “feos” y “bonitos”. Los tatuajes “feos” son precarios o mal hechos y los tatuajes “bonitos” son tatuajes profesionalizados, agradables o avanzados en cuestión de “tecnología” que permite ir al tatuador “ir mucho más allá” como lo sugiere Fidel Salcedo. Esto hace que se modifiquen las interacciones entre las personas tatuadas y las que ejercen control sobre ellas, relacionando lo “feo” con las formas de vida prohibidas relacionadas al tatuaje. Estas reflexiones generan nuevos caminos investigativos: ¿Qué es un tatuaje “bonito” o qué es un tatuaje “feo”? ¿Qué características tiene un tatuaje “bonito” o “feo”? ¿Qué características del tatuaje como práctica hacen a un tatuaje “bonito” o “feo”?

Relacionar el tatuaje con formas prohibidas de vida genera rechazo a las personas tatuadas. El rechazo se convierte en un dispositivo de control del cuerpo, legitimado en el disciplinamiento corporal sustentado en la normalidad de los cuerpos dictadas en la cotidianidad, reproduciendo y produciendo los estándares de cómo se debe ver un cuerpo. Las personas tatuadas generan resistencias que son estrategias o puntos de fuga a esos controles. Una de esas resistencias es el cuerpo tatuado, llegar con el tatuaje y esperar qué dice u opina la familia, generando enfrentamientos de sentidos, cambiando su manera de ver el tatuaje. El tatuaje es una alternativa y resistencia frente al control del cuerpo y la normatividad impuesta. Otra resistencia es definirse como alguien alternativo a la normalidad que se busca imponer en el cuerpo, desafiando los estándares sociales y convirtiendo el cuerpo tatuado en una forma de combatir esas asociaciones a formas de vida prohibidas, logrando la normalización de la práctica. El tatuaje se convierte en una forma de identidad corporal para afrontar el mundo, ya que en el cuerpo se porta la herramienta para combatir el rechazo emergente de formas de poder que busca la normalidad en la sociedad.

La identidad de la persona tatuada se convierte en una herramienta de resistencia ya que la persona tatuada se empieza a autodefinir como una alternativa a lo normal a partir de los estándares sociales, pero también organiza su visión como persona a partir de esas resistencias. Esta alternativa se ve como rebelde ya que también tiene un doble significado, en el tatuaje se pueden plasmar pensamientos que no van con el orden normal social, y también la práctica misma es una forma de rebeldía y resistencia para combatir el orden normal social.

El tatuaje como algo irreversible en el cuerpo también es una resistencia, ya que el cuerpo se transforma en el vehículo de combate para esas formas imperantes de poder cotidiano, despertando miradas callejeras que envuelven al ser de herramientas para normalizar esos rechazos. La identidad no sólo se comprende de herramientas para organizar el dolor y superarlo,

sino también es herramienta para combatir el cuerpo normal y combatir lo que los demás dicen de la identidad misma de las personas tatuadas, dando emergencia a una identidad autodefinida y auto-organizada en el cuerpo, generando autopercepciones de lo que es el estilo de vida identitaria de una persona tatuada.

Como lo define Leila Guevara, el “amor” es una forma de resistencia, comprendiendo que ahora se “ama” el estilo de vida del ser tatuado, de ser anormal. El “amor al tatuaje”, a ser la alternativa de lo normal es resistencia por medio del dolor corporal. La profesionalización del acto de hacer tatuajes es también una forma de resistir y de transformar al tabú. Ser tatuador profesional, es transformar la concepción de trabajo al insertar lo prohibido dentro de la lógica de lo aceptado. Convertir la identidad en una forma corporal es un método de apropiación conceptual sobre sí mismo, generando en la persona tatuada nuevas concepciones propias a partir de su forma de ver el mundo y sobre cómo leer el rechazo y la prohibición. La identidad es armarse de mecanismos de resistencia y resignificación, es transformar los conceptos sociales en normalidades propias mostradas con el cuerpo y con el trabajo prohibido.

Además, retomando el “ir más allá” por medio de la práctica del tatuaje, como lo explica Fidel Salcedo, hacer aceptable el tatuaje por medio de lo que es “feo” o “bonito” es una forma de resistencia, es jugar con las percepciones de los demás sobre lo que es “bonito” y “feo”, haciendo el tatuaje parte de lo perceptiblemente agradable para que empiece a ser aceptado.

Las resistencias no solo son individuales, sino que los apoyos entre amigos para que los demás se sigan tatuando son focos de resistencia. También el intercambio no tradicional o económico en esos focos son una forma de resistencia, pues existen tatuajes gratis o el simple apoyo mutuo. El tatuaje genera una unión de resistencias corporales a partir de un nuevo intercambio, pero no solo eso, sino que la amistad como unión es factor para seleccionar la persona

que tatuará la piel. Para los participantes es importante hacerse tatuajes con un tatuador o con el que exista un vínculo de simpatía o de amistad.

Pensar la amistad o el vínculo de simpatía, también es pensar el cuerpo como objeto, y pensar que es para un tatuador el cuerpo, ya que el tatuaje no solo se concibe como intercambio de dinero como la forma ideal de intercambio, sino que es la prestación de un cuerpo como lienzo a un artista. Pensar la forma de elegir el tatuador a partir de la simpatía o el vínculo de amistad es pensar en alguien que le deja algo en el cuerpo, no solo con el sentido experiencial que hace de ese tatuaje algo significativo, sino que el acto de tatuar también es un acto de liberación.

Lo significativo del tatuaje, en el primer tatuaje es muy representativo, ya que es la primera transformación del cuerpo con esta práctica, marcando un antes y un después del cuerpo, pues se pasa de ser cuerpo a ser cuerpo tatuado, y ese paso de vida no lo puede hacer cualquier persona, sino alguien con el que haya simpatía o con alguien con quien emerja un vínculo en ese gran paso.

El tatuador también es la muestra de una unión que se ha construido, ya que hay trabajos que “llegan al corazón” como lo dice Leila Guevara, no solo porque ha inyectado sentido en su piel, sino por lo que se ha convivido con el tatuador o tatuadora. Aunque el tatuador sea bueno, no es lo mismo si no se ha compartido lo suficiente.

Elegir el tatuador también es importante porque es probable que no se pueda olvidar de él, asegurando una unión con el tatuador, que debe buen recuerdo de esa transformación del cuerpo. Pensar el tatuador como alguien que inflige la piel y deja recuerdos, es también pensar que alguien que deja una marca de por vida, convirtiendo el tatuador en alguien que también deja su saber en la piel para el resto de la vida. El tatuador es un interventor corporal de la memoria.

Los clientes no solo se eligen al tatuador por el vínculo de amistad existente o por la simpatía, sino que al ver los diseños en las redes sociales, la publicidad, su popularidad y cuántos

“likes” tienen en redes sociales son factores importantes. Los “likes” son una expresión cuantitativa o peso estadístico de la identidad del tatuador. Esos “likes” son importantes a la hora de elegir el tatuador, porque representan su popularidad a la hora de tatuar. Relacionando la popularidad con lo bien que pueden tatuar o de su experiencia como tatuador, los tatuadores buscan distintos mecanismos para poder mostrar su trabajo y atraer a las personas.

Otro factor importante para elegir el tatuador es el género. Esta importancia nace porque es posible que el tatuaje quede más femenino o más masculino según el género del tatuador o tatuadora. El tatuaje muestra una producción de las feminidades y masculinidades, son valores asociados a lo que puede hacer cada persona según su género. El tatuaje es una herramienta social para mantener lo femenino y lo masculino en el cuerpo.

Fidel Salcedo y Policarpa Torres, siendo tatuadores, expresan que hay diseños que buscan los hombres y otros diseños que buscan las mujeres. Buscar la dicotomía entre géneros por medio del diseño del tatuaje es parte de la identificación social a los géneros hecha símbolo en el tatuaje, generando coherencia entre las narrativas de hombre o mujer con lo que expresa el tatuaje. El tatuaje se convierte en transportador de los estereotipos asociados al género. La construcción de identidad por medio del cuerpo se convierte en una forma de producir y reproducir los estereotipos afiliados a los géneros.

Los tatuajes y el cuerpo tatuado se convierten en el mapa del sentido adjudicado al cuerpo, la sustentación biológica y sexuada, e incluso, de las valoraciones que dictan distintos medios de comunicación sobre cómo se debe ver un hombre o una mujer. También, existen hombres con tatuajes femeninos y mujeres con tatuajes masculinos, convirtiendo al cuerpo en lienzo no solo de lo pensado sobre el género, sino que es lienzo de resistencia a esas concepciones femeninas y

masculinas. Esto nos hace pensar en ¿cómo se ve un tatuaje femenino o masculino? ¿Qué características gráficas tiene un tatuaje femenino o masculino?

La producción y reproducción de tipos y estereotipos sobre los géneros no solo se ve en la elección del tatuador y los diseños que se eligen, pues retomando la experiencia de Policarpa Torres, los clientes llegan esperando a un hombre, a un tatuador, haciendo que una tatuadora piense que no puede dar todo su potencial por ser mujer. Esto promueve la diferencia que parece fundamental entre cuerpos, pero no entre trabajos. Los compañeros tatuadores de Policarpa también hacen comentarios a partir de percepciones sobre lo que hacen las mujeres tatuadas y tatuadoras. Lo que piensan los clientes o los compañeros de Policarpa no concuerda con lo que ella es como persona y trabajadora, generando una disonancia entre los conceptos de identidad de mujer y los conceptos de ella misma como persona. Ser tatuadora puede ser una representación del problema de lo que socialmente se piensa de la mujer y su afirmación de identidad sobre el cuerpo. El tatuaje se convierte en una forma de distinción de género, pero también es resistencia frente a los prejuicios sobre la mujer tatuada y tatuadora.

Los distintos discursos y narraciones construidas, que giran en torno a distintas formas identitarias con el tatuaje, y que están relacionadas con la muerte, el sufrimiento, el tabú o los vínculos sociales, son formas de construir identidad ya que a partir de las experiencias relacionadas al sentido que se le brinda al tatuaje se marca el cuerpo. Puede que sea a partir de lo que no se quiere volver a vivir, de considerarse una forma de rechazo o prohibición social o a partir de las relaciones que se tejieron en la experiencia, marcando la identidad en el cuerpo, marcando el sentido identitario con el cuerpo.

## **Bibliografía**

Acevedo, S., Velasco, V. (2017). El cuerpo: percepción de atractivo, insatisfacción y alteración en adolescentes de la frontera mexicana del noroeste.

Aguiluz, M. (2004). Sentidos sociales de la vida y la muerte y los nuevos objetos de los estudios del cuerpo (vivos, muertos, espectrales, redivivos y nacientes).

Alcoceba, J. (2007). El lenguaje del cuerpo a través del tatuaje: de la adscripción identitaria a la homogeneizadora democratización de la belleza. revista de estudios de juventud, volumen (78).

Álvarez, N., Sevilla, M. (2002). Semiótica de una práctica cultural: el tatuaje. Circulo nueva época, volumen (9).

Bauman, Z. (2008) El arte de la vida.

Boyer, A. (2015). Cuerpos, imaginarios y potencias. Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte, núm. 22, 2015, pp. 13-34.

Brena, V. (s, f). Utilizando el cuerpo: una mirada antropológica del tatuaje.

Carvajal, J. (2014). El tatuaje como un espacio emblemático de las marcas.

Cortes, S. (1991). El individuo, su cuerpo y la comunidad. Alteridades, vol. 1, núm. 2, 1991, pp. 13-23.

Cortes, S., Sánchez, D. (2012). Sentidos de la práctica del tatuaje en jóvenes de la ciudad de Cali (Trabajo de grado, Universidad San Buenaventura Cali)

Cruz, S. (2006) Voces y contexto.

De castro, A., Gómez, A. (2011). Corporalidad en el contexto de la psicoterapia.

De la Cruz, M. (2011). Adolescencia, duelo y tatuajes Una aproximación desde el psicoanálisis. (tesina de licenciatura).

Delgado, A. (2001). El cuerpo en la interpretación de las culturas. Boletín Antropológico, vol. 1, núm. 51, enero-abril, 2001, pp. 31-52. Universidad de los Andes. Mérida, Venezuela.

Díaz, E. (2012). El duelo y su proceso para superarlo. (tesina para para obtener el diplomado en tanatología). Diversitas: Perspectivas en Psicología, vol. 7, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 179-191.

Duero, D., Limón., G. (2006). Relato autobiográfico e identidad personal: un modelo de análisis narrativo. AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana. [www.aibr.org](http://www.aibr.org). Volumen (2) Número (2) Mayo-agosto 2007. Pp. 232-275

Echeverría, R. (1994). Ontología del lenguaje.

Estrada, A., Díazgranados, S. (Comp). (2007). construccionismo social, aportes para el debate y la práctica Kenneth Gergen. Universidad de los Andes.

Estupiñán, J., González, O. (2015). Narrativa Conversacional, Relatos de Vida y Tramas Humanos: Hacia la Comprensión de la Emergencia del Self en interacción en Contextos. Facultad de Psicología maestría en psicología clínica y de familia.

Freud, S. (1913). Tótem y tabú y otras obras (1913-1914). Obras completas, volumen XIII.

Gauljac, V., Silva, H. (2002) Memoria e historicidad (Memory and Historicity. Revista Mexicana de Sociología, Vol. 64, No. 2 (Abr. - Jun., 2002), pp. 31-46.

Gómez, D. (2009). El género en el cuerpo. (tesis doctoral).

Herbert, J. (2013). El enemigo es múltiple y adopta disfraces": La performatividad y la identidad queer en "El placer desbocado" de Ernesto School. Hispania, Vol. 96, No. 4 (Diciembre, 2013), pp. 657-671.

Hernández, A. (2012). Vínculos, individuación y ecología humana. Universidad Santo Tomás.



- Hernández, M. (2016). Entre lienzos humanos, tabúes y expresiones plásticas.
- Korstanje, M. (2009). El mal y la posesión diabólica: un análisis crítico sobre los conceptos de contaminación y tabú. *Revista de Antropología Experimental*, numero 9. Texto 13. Pp. 179-189.
- Le Breton, D. (s.f). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Retrieved September 30, 2014,
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*.
- Martínez, A. (2004) *La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas*. Universidad de A Coruña. Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración.
- Martínez, A., Montenegro, M. (2014). *La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: Construyendo nuevos relatos*.
- Medina, B. (2015). *El tatuaje en La piel del miedo de Javier Váscuez*. (trabajo de grado, universidad de cuenca)
- Medina, B. (2015). *El tatuaje en La piel del miedo de Javier Váscuez*. (trabajo de grado de licenciatura)
- Micieli, C. (2007) *El cuerpo como construcción cultural*. Instituto de Estética - Pontificia Universidad Católica de Chile
- Pérez, A. (2009). *Cuerpos tatuados, "almas" tatuadas: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad*.
- Pérez, A. (2009). CUERPOS TATUADOS, “ALMAS” TATUADAS: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad. *Revista Colombiana de Antropología* Volumen 45 (1), enero-junio 2009, pp. 69-94.

- Posada, V. (2015). El sentido de la práctica del tatuaje.
- Reyes, R., Eroza, E. (2007). El cuerpo y las ciencias sociales Revista Pueblos y Fronteras Digital, núm. 4, diciembre-mayo, 2007. Universidad Nacional Autónoma de México Distrito Federal, México.
- Romero, C. (2009) El cuerpo hecho lienzo las prácticas de tatuaje en los estudios y locales especializados de la ciudad de Bogotá carolina romero Patiño (tesis de maestría, universidad nacional de Colombia).
- Romero, C. (2009). El cuerpo hecho lienzo: las prácticas de tatuaje en los estudios y locales especializados de la ciudad de Bogotá.
- Ruiz, S. (2014). El color negro: dimensión pedagógica y cultural. (trabajo de grado)
- Sánchez, J. (2011). el tatuaje en quito: normatización de una práctica transgresora. (tesis de maestría, facultad latinoamericana de ciencias sociales).
- Sarmiento, M., Hernández, Y., Aguilar, J., Vargas., J. (2011). Tatuajes: linaje, ornamento e identidad. Centro Regional de Investigación en Psicología, Volumen 5, Número 1, 2011 Pág. 69-73.
- Sastre, A. (2011). Cuerpos que narran: la práctica del tatuaje y el proceso de subjetivación.
- Serna, A. (Comp). (2009). Memorias en crisoles propuestas teóricas, metodológicas y estratégicas para los estudios de la memoria. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Serna, A. (s.f). Memoria y creencia: una mirada políticamente incorrecta a ciertas vindicaciones de la memoria. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Sierra, S. (2006). Cuerpo, masculinidad y jóvenes. Iberóforum, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, volumen 1, número 1, 2006, pp. 1-9. Universidad Iberoamericana, Ciudad de México Distrito Federal, México.

- Soto, J., Arroyo, L., Cotto, Z. (2009). Rasgando la Piel: Tatuajes, Cuerpos y Significados.
- Staude, S. (2011). El duelo: sus recursos. Desde jard. Freud, Número 11, p. 181-186, 2011. ISSN electrónico 2256-5477. ISSN impreso 1657-3986.
- Título original: The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, (1955). Ed. Amorrurtu Editores. México, 1983. Traducción: José L. Etcheverry.
- Velázquez, A. (2011). Piercings y tatuajes: una forma de autodeterminación en la estética del cuerpo. (tesis de maestría, Universidad autónoma de Queretaro)
- Walder, P. (2004) El cuerpo fragmentado. Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 2, núm. 7.
- Zamorano, C. (2014) Consideraciones conceptuales en Francisco Varela para una clínica relacional del sentido (Tesis de doctorado, Universidad de Chile)